

PÉREZ GALDÓS, BENITO (1843-1920)

DOÑA PERFECTA

Drama en cuatro actos, arreglo teatral de la novela del mismo título

PERSONAJES:

DOÑA PERFECTA, viuda noble.

ROSARITO, su hija.

MARÍA REMEDIOS, viuda plebeya, familia de don Inocencio.

LIBRADA, criada.

PEPE REY, ingeniero de caminos, sobrino de doña Perfecta.

DON INOCENCIO, canónigo y humanista.

CRISTÓBAL RAMOS (CABALLUCO), cabecilla.

JACINTITO, hijo de María Remedios.

DON CAYETANO, hermano de doña Perfecta.

DON JUAN TAFETÁN, viejo verde.

VARGAS, teniente coronel de infantería.

PINZÓN, capitán de caballería.

EL TÍO LICURGO, lugareño.

PASOLARGO, cabecilla.

ESTEBAN ROMERO, íd.

CABO CARTERO.

La escena en Orbajosa, ciudad antigua, cabeza de partido.

Época 187...

ACTO PRIMERO

Jardín interior, o patio ajardinado, en la casa de doña Perfecta. A la derecha una fachada del edificio, que es antiguo y muy irregular: puerta grande que conduce a las habitaciones y es paso para la calle. En el fondo, rompimiento con dos filas de altos cipreses. Por allí se va a la huerta. A la izquierda una tapia y cipreses y otros árboles corpulentos que dan sombra a la escena. Una mesa a la izquierda, un sillón y sillas rústicas. A la derecha mesa más pequeña. Hora: las dos de la tarde. Derecha e izquierda se entiende del espectador.

Escena I

EL TÍO LICURGO que viene de la huerta; MARÍA REMEDIOS, que entra en escena por la derecha, con mantilla, como viniendo de la calle.

EL TÍO LICURGO.- ¿Qué se le ha perdido por acá, señora doña María Remedios?

MARÍA REMEDIOS.- (Mirando a la ventana del comedor.) ¿Están comiendo?

EL TÍO LICURGO.- Sí señora. Hora y media de comestraje llevan ya. Tres principios, tres, me ha dicho Librada que hay.

MARÍA REMEDIOS.- Y todo por ese fantasmón de ingeniero, que nos han traído de los Madriles, hombre sin fe, repodrido en las matemáticas, y harto de impiedades y maleficios... No sé en qué piensa la señora.

EL TÍO LICURGO.- No es idea de la señora mismamente, sino de su hermano, el abogado de allá, ¿sabe? el cual que le mandó carta diciéndole: «quiero que mi hijo se case con tu hija».

MARÍA REMEDIOS.- Sí, sí... ¡Ah, mundo amargo, mundo tentador, esclavo de la materia!... ¡Y sacrifican a la pobre Rosarito...!

EL TÍO LICURGO.- Eh... hable bajo.

MARÍA REMEDIOS.- Quiero verle. (Se aproxima a la ventana, de costado.) Es aquel que había más que come. (Vuelve al proscenio.) El demonio le ha dado figura simpática, y un hablar galano para que engañe mejor. ¡Ah, mundo perverso! Ya sé; es de estos que predicán en los centros de pecado que hay en Madrid, y que se llaman... no me acuerdo.

EL TÍO LICURGO.- Se llaman... espérese... se llaman... Pues yo tampoco lo sé.

MARÍA REMEDIOS.- ¡Mundo ingrato!... ¿Y qué me dice usted del desaire que han hecho a mi niño?

EL TÍO LICURGO.- Ya sé; la señora ha convidado a don Inocencio; pero no a Jacintito.

MARÍA REMEDIOS.- Estoy volada... La señora me lo perdone... pero este desprecio... ¡Ah!... Cuando todos dicen, y con razón, que mi niño está cortado para su hija... tan modosito, tan instruidito... abogado a los veinte años... Y luego... ¡con la crianza que le ha dado mi tío don Inocencio! Las ideas sanas, los principios religiosos, metidos así... a marcha martillo.

EL TÍO LICURGO.- Pero como las niñas de ogaño bailan al son de lo nuevo, por no decir de lo peor...

MARÍA REMEDIOS.- (Indignada.) Quítese usted allá... ¡Que será capaz Rosarito...!

EL TÍO LICURGO.- Entre el sí y el no de una mujer, no pongas la punta de un alfiler.

MARÍA REMEDIOS.- Imposible que la niña... (Muy nerviosa.) ¡Ja, ja!... ¡querer a ese... preferirle a mi ángel!... Dígame, tío Licurgo, ¿y él es rico?

EL TÍO LICURGO.- Tanto como la señora, o más.

MARÍA REMEDIOS.- Y sabe, sabe mucho...

EL TÍO LICURGO.- ¡Oh!...

MARÍA REMEDIOS.- Por supuesto, cosas malas, que más valdría que no las supiera.

EL TÍO LICURGO.- Más sabe el cuervo que la paloma.

MARÍA REMEDIOS.- ¡Ay, no! La señora sabe más que él, y que todos los gavilanes juntos. Y nosotros, los que bien queremos a la señora, la ayudaremos a espantar este pájaro de rapiña. Dígame otra cosa, Licurgo: ¿es cierto que usted y los Farrucos le ponen pleito?

EL TÍO LICURGO.- Sí señora; nacen en las laderas altas de Alamillos, que al parecer son de este sujeto, don Pepito Rey, unas aguas malélicas, escrufulosas y mutativas, que se estancan en nuestra heredad, y nos matan toda la fisonomía vegetal de la tierra... (Sale ROSARITO del comedor.)

MARÍA REMEDIOS.- ¡Ah! la señorita sale.

Escena II

Dichos; ROSARITO, LIBRADA con el servicio del café.

ROSARITO.- Ponlo aquí. (En la mesa de la izquierda.) ¿Se enfriará si tardan?... ¡Ah! Remedios. (Vase LIBRADA, que vuelve luego con licores, copas y una caja de cigarros.)

MARÍA REMEDIOS.- ¡Prenda querida! (La besa hiciéndole mimos.) ¡Pobretina mía! Estás triste, ¿verdad? ¿Verdad que está triste y asustadica la paloma de la casa?

ROSARITO.- (Sorprendida y risueña.) ¿Yo? Si estoy contenta...

MARÍA REMEDIOS.- (Recelosa.) ¡Contenta! (Viendo que salen los señores.) Ah, ya salen: yo me escabullo.

ROSARITO.- Oye.

MARÍA REMEDIOS.- Me voy, me voy. (Vase hacia la huerta.)

Escena III

DOÑA PERFECTA, PEPE REY, DON INOCENCIO y DON CAYETANO que salen del comedor; ROSARITO arreglando el servicio del café; LICURGO que se descubre y se retira al fondo.

DOÑA PERFECTA.- Pues sí, queridísimo Pepe, mi hija me lo decía esta mañana.

ROSARITO.- (Como asustada.) ¿Yo... qué?

DOÑA PERFECTA.- Me decías que tu primo, hecho a las pompas y etiquetas de la Corte, y a las modas extranjeras, no podrá soportar esta sencillez rancia en que vivimos...

DON CAYETANO.- Ni esta falta de buen tono.

PEPE REY.- ¡Qué error! Nadie aborrece más que yo los artificios de lo que llaman alta sociedad.

DON CAYETANO.- (Cogiéndolo por un brazo, lo lleva a la mesilla de la derecha.) Tú aquí... conmigo. Q

PEPE REY.- (Tomando asiento.) Ya lo he dicho: mi deleite es el sosiego del campo, mi sociedad la familia, mi descanso el estudio, mis amores... hasta hoy, la Naturaleza y la ciencia. (ROSARIO le sirve café.)

DON INOCENCIO.- (Cogiendo su taza.) Lo que digo: es usted, mi señor don José, un gran filósofo... práctico.

PEPE REY.- ¡Oh, no! guárdense las expresiones laudatorias para el virtuoso sacerdote, para el sabio humanista de Orbajosa.

DON INOCENCIO.- (Rechazando los elogios con modestia.) ¡Oh, por Dios!

DOÑA PERFECTA.- Don Inocencio vale mucho; tú también. Felices nosotros si conseguimos que esta humildad, que esta vida obscura no se te hagan aborrecibles.

PEPE REY.- ¡Quia! Dos días no más llevo aquí, y ya siento que el alma se me ensancha, se me renueva en este ambiente de paz. Todo, todo lo cambio por este rincón apartado y tranquilo, donde pienso encontrar mi dicha.

DON INOCENCIO.- (A DOÑA PERFECTA, que toma café a su lado.) Bien, bien.

ROSARITO.- (A PEPE REY, por el café.) Lo encontrarás poco fuerte.

PEPE REY.- Está delicioso.

DON INOCENCIO.- Riquísimo.

DON CAYETANO.- Y ahora, en cuanto tomemos café, te enseñaré lo mejor de mi biblioteca, de la cual no pudiste ver esta mañana más que la broza, lo moderno.

ROSARITO.- (¡Pobrecito, ya le cayó que hacer!)

DON INOCENCIO.- Es muy notable la colección de su tío de usted.

DOÑA PERFECTA.- Ejemplares rarísimos: ya verás.

PEPE REY.- Siento ser absolutamente lego en todo eso de las curiosidades bibliográficas.

DON INOCENCIO.- Verá usted todo cuanto se ha escrito acerca de nuestra querida Orbajosa.

DON CAYETANO.- Incluyendo aquellas obras que sólo citan a nuestra gloriosa ciudad episcopal, o a alguno de sus hijos. Con estos elementos preparo mi Floresta Urbsaugustana, en la cual creo que no se me escapará ninguna particularidad histórica ni biográfica de este nobilísimo pueblo.

PEPE REY.- ¡Ah! (Con gracejo.) Yo creí que en Orbajosa no había más cosas buenas que... lo que está presente.

DOÑA PERFECTA.- ¡Jesús, Pepe!

DON INOCENCIO.- En todas las épocas de nuestra historia, los orbajosenses se han señalado por su hidalguía, por su lealtad, por su valor, por su claro entendimiento...

DOÑA PERFECTA.- ¿Tú qué te creías?

PEPE REY.- No; si no lo dudo.

EL TÍO LICURGO.- (Adelantándose con falsa timidez y socarronería.) ¿Da su permiso el señor don José...?

PEPE REY.- ¡Ah! el buen Licurgo...

ROSARITO.- (Aparte, con pena.) Cómo le marean, pobrecito; el tío con sus librotes, y este con sus pleitos.

EL TÍO LICURGO.- ¿Ha descansado el señor don José?

PEPE REY.- Del viaje, sí... de usted, no. Ya es la tercera vez que viene a decirme que pleitea...

DON CAYETANO.- ¿Contra ti?

PEPE REY.- Contra mí.

DOÑA PERFECTA.- Pero este Licurgo... Hombre, déjale que tome su café con tranquilidad.

EL TÍO LICURGO.- (Con fingida aflicción.) Señora mía, señor don José, yo no quisiera molestarles; pero el Ayuntamiento nos pide daños y perjuicios, porque las aguas malélicas y corruptas...

DOÑA PERFECTA.- ¿Y yo qué tengo que ver?... Déjeme usted a mí de aguas corruptas y de cuestiones malélicas, tío Licurgo... ¡Triste de mí, que jamás he visto un grano de trigo de esa dilatada estepa de Alamillos! Si soy yo quien debe pleitear, y perseguirles, y procesarles, porque esas tierras que disfrutaban son mías, las han ido cercenando de mi propiedad: hoy una fajita, mañana otra... A mi padre le denunciaron este despojo; pero no hizo caso...

EL TÍO LICURGO.- (Exaltándose, con falsa dignidad.) Señor don José, ahí están mis linderos, en las santísimas escrituras.

DOÑA PERFECTA.- Eh, no te exaltes... Yo garantizo a este, Pepe. Es incapaz... Por Dios, sé razonable. Las aguas malas nacen en tu heredad; es justo que tú...

PEPE REY.- Bueno, queridísima tía; no me riña usted. Si usted cree que debo pagar daños y perjuicios...

DOÑA PERFECTA.- No, yo no digo nada. Tú eres generoso y no gustas de oprimir al pobre.

PEPE REY.- ¡Pero si es el pobre el que quiere oprimirme a mí!...

DON CAYETANO.- Te advierto que este es un picapleitos formidable, y sabe más leyes que todo el Colegio de Abogados de Madrid.

PEPE REY.- Lo creo.

EL TÍO LICURGO.- ¡Leyes a mí! ¡Justicia! Del lobo un pelo, y ese de la frente. Pero mi derecho es mi derecho...

DOÑA PERFECTA.- Vaya, Licurgo, déjanos en paz ahora.

PEPE REY.- Sí, sí; que nos perdone la vida...

EL TÍO LICURGO.- Si molesto, no es caso... Pero volveré. Mi derecho es mi derecho... Cada lobo a su senda.

ROSARITO.- Sí, sí; pero basta ya. (Cogiendo un cigarro de la caja que hay sobre la mesa.)Toma un cigarrito, y vete con Dios...

EL TÍO LICURGO.- Gracias, mi niña... Señora, señor don José, hasta más ver... Pobre, pero honrado. Sagrado es lo ajeno; pero lo propio, sagrado también.

ROSARITO.- (Empujándole hacia fuera.) Sí, sí... Adiós, hombre.

EL TÍO LICURGO.- (Retirándose.) Mi derecho es mi derecho.

Escena IV

Los mismos, menos LICURGO.

PEPE REY.- (Pasando al otro lado.) ¡Demonio de hombre! Estos villanos legistas me atacan los nervios.

DOÑA PERFECTA.- No lo tomes así, hijo mío. Los pobres defienden el miserable terruño sobre que viven.

DON CAYETANO.- No se hable más de eso.

ROSARIO.- (Que se ha sentado junto a DON CAYETANO.) Y este Licurgo maldito y los Farrucos no me entran más en casa.

DON CAYETANO.- Sí, porque con estas incumbencias podríamos hacerle antipática nuestra noble tierra. ¿Verdad, sobrino, que te gusta Orbajosa? Di que sí.

DON INOCENCIO.- ¿Gustarle? Lo dudo.

PEPE REY.- ¡Oh, no!

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué piensas de nuestra humilde, pero gloriosa y santa ciudad?

PEPE REY.- ¿La ciudad?

ROSARIO.- ¿Verdad que te gusta? ¡Si es tan bonita!

PEPE REY.- Si Rosario la encuentra bonita, yo también, porque en todo quiero ser de su parecer.

DON INOCENCIO.- ¿Y el país, la región...?

ROSARIO.- Di lo que tú piensas, no lo que pienso yo, que soy una ignorante.

PEPE REY.- Pues...

DOÑA PERFECTA.- Sinceridad, hombre, buena fe.

PEPE REY.- Allá voy, señora. Pues en la región no veo más que pobreza, un atraso que descorazona, ejércitos de mendigos, la agricultura como en tiempos de Adán, la industria rutinaria, grosera, infantil. (Óyenle todos con disgusto.)

DOÑA PERFECTA.- Riqueza, bambolla, no tenemos... pero hay caridad.

PEPE REY.- ¡Ah! no digo que no. Pero no se trata...

DOÑA PERFECTA.- Somos pobres, rústicos, zafios, si quieres; pero conservamos las virtudes de la raza, los sentimientos nobles, el santo temor de Dios... ¿Sabes lo que es esto?

PEPE REY.- ¿Pues no he de saberlo? Lo que yo digo es...

DON INOCENCIO.- (Nervioso, sin poderse contener.) La cantinela de siempre. En mi larga vida, he visto llegar a Orbajosa multitud de personajes de la Corte, traídos unos por la gresca electoral, otros por gusto de ver nuestra soberbia basílica, pulchra augustana, que dijeron los antiguos. Pues todos han de hablarnos enfáticamente de nuestra rudeza, de nuestro atraso material... ¿Y qué nos traen ellos? pregunto yo. Por supuesto, (Mirándolo por encima de las gafas.) ni remotamente se crea que lo digo por usted. Me guardaría yo muy bien... Ya sé que tenemos delante a uno de los hombres más eminentes de la España moderna.

PEPE REY.- (Rechazando el elogio.) ¡Oh!...

DON INOCENCIO.- A un hombre que sería capaz de transformar estos páramos en comarcas fertilísimas, sólo tocando en ellos con la varita maravillosa de la ciencia

PEPE REY.- (Confuso.) ¡Pero don Inocencio, si no he dicho...! Tía, ¿verdad que...?

DOÑA PERFECTA.- Nada, no me incomodo. A hombres de tanto, de tantísimo entendimiento, se les puede dispensar el desprecio que hacen de nuestra vulgaridad.

PEPE REY.- ¡Yo!...

DON INOCENCIO.- Y le autorizamos para todo.

DOÑA PERFECTA.- Incluso para decir que somos... poco menos que cafres.

PEPE REY.- ¡Por Dios, querida tía!...

ROSARIO.- (Muy apurada.) ¡Pero si no ha dicho...!

DOÑA PERFECTA.- (Imponiéndole silencio con el dedo en la boca.) ¡Niña!... ¡pst!...

PEPE REY.- Si no me han entendido...

DOÑA PERFECTA.- Sí te entendemos, ¡ah! Pero no nos damos por ofendidos y te perdonamos de todo corazón.

PEPE REY.- (Resignándose.) Pues sea lo que ustedes quieran.

DON CAYETANO.- Ya le irá tomando el gusto a nuestra humilde Orbajosa. Mañana le enseño yo todita la Catedral, por dentro y por fuera, el relicario, la cripta, las telas y ornamentos, los sepulcros...

PEPE REY.- Ya la vi esta mañana ligeramente...

DOÑA PERFECTA.- (Interrumpiéndole.) Cuidado, Pepe; si hablas mal de nuestra hermosa iglesia perdemos las amistades. Tú sabes mucho; eres una eminencia, una celebridad... pero si has de descubrir que esta santa fábrica no es la octava maravilla, guárdate en buen hora tu ciencia y déjanos en nuestra feliz ignorancia.

PEPE REY.- Señora mía, lejos de creer que no es bella la Catedral, lo que de su interior he visto me parece de imponente gallardía.

DOÑA PERFECTA.- Bien, hombre, bien; lo dices por tenerme contenta.

ROSARIO.- Le gusta, sí, le gusta.

DON INOCENCIO.- Gracias, mil y mil gracias, señor don José. Yo pensé que usted, como gran matemático y materialista furibundo, menospreciaría nuestro templo diocesano, y nos diría que le parece más bello y grandioso cualquier almacén o mercado de hierro.

PEPE REY.- (Ligeramente ofendido.) ¡Pero, señor mío!

DOÑA PERFECTA.- (Interrumpiéndole.) Y aunque lo sientas, harás bien en no decírnoslo, y te agradecemos tu delicadeza.

PEPE REY.- (Nervioso.) ¡Nada, no quieren entenderme!...

ROSARIO.- (Le entienden al revés).

DOÑA PERFECTA.- ¿Te incomodas?

PEPE REY.- ¡Oh, no!... Pero... Empiezo por decir que ni yo soy sabio, ni...

DON INOCENCIO.- (Con viveza.) Lo es, y de los más eminentes de por allá.

PEPE REY.- (Un poquito quemado.) Gracias, señor don Inocencio. No admito la lisonja.

DON INOCENCIO.- Acepte el elogio sincero, porque tras él, si el señor don José me lo permite, señalaré, lisa y llanamente, la sombra que veo junto a esa luz excelsa de su sabiduría.

PEPE REY.- ¡La sombra!

ROSARIO.- (Alarmada.) ¡Ay, Dios mío! ¿Qué sombra será esa?).

DON INOCENCIO.- ¿Usted ha cultivado las ciencias?

PEPE REY.- Sí señor.

DON INOCENCIO.- Con extraordinario aprovechamiento.

PEPE REY.- Regular.

DON INOCENCIO.- Provecho para la inteligencia, desventaja para el corazón; porque la ciencia, tal como la estudian y propagan los modernísimos, es la muerte del sentimiento y de las dulces esperanzas con que nuestras pobres almas se consuelan de las miserias de esta triste vida.

PEPE REY.- (Que se ha levantado y va de un lado a otro.) Poco a poco, señor mío...

DOÑA PERFECTA.- La ciencia todo lo reduce a guarismos, reglas, rayas y formulillas, y quiere hacer del mundo una gran máquina.

PEPE REY.- ¿Quién ha dicho eso? Pero señor, ¿qué tiene que ver...?

ROSARIO.- (Aparte a PEPE REY.) No le contradigas. Di a todo que sí.

DON CAYETANO.- Pepe, tómalo con calma.

DOÑA PERFECTA.- ¿Pero te incomodas?

PEPE REY.- Sí; me incomoda tanto llamarme sabio y científico, y...

DOÑA PERFECTA.- Si lo eres.

PEPE REY.- Y saldrá a relucir otra vez la dichosa materia...

DOÑA PERFECTA.- Si es tu fe.

PEPE REY.- Señora...

DOÑA PERFECTA.- No, conmigo no discutas; aquí don Inocencio sabrá contestarte.

DON INOCENCIO.- ¿Yo?... ¿Qué puedo yo contra adalid tan fuerte?.

PEPE REY.- ¡Y dale! Pues yo le digo a usted... (Conteniéndose.)

DOÑA PERFECTA.- A ver, a ver

ROSARIO.- (Alarmada.) ¡Pepe, cuidado...!

DOÑA PERFECTA.- Habla, hombre. ¿Qué ibas a decirnos?

PEPE REY.- (En el centro de la escena, en pie.) Que sí... que sí, que yo defiendo la ciencia, (Con brío.) la defiendo porque es mi madre, porque le debo lo poco que soy. Y diré al señor don Inocencio, a nuestro insigne humanista, gloria de Orbajosa, que la ciencia, por ley ineludible, ha venido a derribar tanto ídolo vano, la superstición, el sofisma, las mil mentiras del pasado, bellas las unas, ridículas las otras. Adiós sueños torpes, embriagueces dulces de la imaginación. El género humano ya no es niño, es hombre, y os ha trocado por la verdad. La ciencia ha realizado este prodigio; la ciencia, hija de Dios también, señor don Inocencio, aunque usted no quiera; la ciencia, que como un astro espléndido ilumina y calienta el mundo, pues no sólo disipa las tinieblas, sino que destruye las corrupciones producidas por la obscuridad.

ROSARIO.- (Muy apurada, aparte, a PEPE REY.) ¡Por Dios, mamá se enoja!

DOÑA PERFECTA.- ¡Vaya, vaya...!

DON CAYETANO.- (A PEPE REY.) Cuidado, Pepe...

DON INOCENCIO.- (Aparte a DOÑA PERFECTA.) Panteísmo puro. (Alto.) Emplearía yo armas de sentimiento, argumentos teológicos, sacados de la revelación, de mil autoridades religiosas y profanas. Pero sólo conseguiría que se riera de mí y de mis vulgares razones, nuestro gran matemático, hombre eruditísimo, pero sin Dios.

PEPE REY.- ¡Oh, eso no!

DOÑA PERFECTA.- Porque no te atreves a decirlo.

PEPE REY.- (Con firmeza.) ¡No, no!

DON CAYETANO.- ¡Ea! basta ya. (Se levanta, queriendo poner paz.)

ROSARIO.- (Levantándose.) No se hable más de cosas tan poco divertidas. (Pasa al lado de DON INOCENCIO.)

DOÑA PERFECTA.- Tú te sofocas, y sin quererlo enseñas la oreja materialista.

PEPE REY.- ¡Por Dios, tía: no es eso!...

DON CAYETANO.- ¡Ea! vuélvanse cañas las lanzas.

ROSARIO.- Don Inocencio, sea usted amigo de Pepe.

DON INOCENCIO.- Sí, hija mía, amigo, sí.

ROSARIO.- Dense las manos.

DON INOCENCIO.- Y los brazos. (Adelantándose, abraza fríamente a PEPE REY.)

ROSARIO.- Así.

DOÑA PERFECTA.- Abrázale, y mírale como maestro.

DON INOCENCIO.- ¡Oh, eso no!

PEPE REY.- Sabe más que tú.

DOÑA PERFECTA.- ¿Quién lo duda? Infinitamente más.

LIBRADA.- (Entrando por la derecha.) Señora, las señoras de Cirujeda. (Vase LIBRADA.)

DON CAYETANO.- Visita... (A PEPE REY.) Vámonos nosotros a la biblioteca.

PEPE REY.- (Aparte a DON CAYETANO.) Sí, a la biblioteca: quiero descansar de este hombre. (A DOÑA PERFECTA.) ¿Viene Rosario con nosotros a revolver papelotes?

DOÑA PERFECTA.- (Que ha estado hablando con DON INOCENCIO.) Tendrá que venir conmigo a recibir a esas buenas amigas.

ROSARIO.- Mamá, déjame. ¡Son tan fastidiosas esas pobrecitas viejas! Prefiero los pergaminos de mi tío.

DOÑA PERFECTA.- Hija, un momento no más; después que las saludes, te subes a la biblioteca.

ROSARIO.- (A PEPE REY y DON CAYETANO.) Pues hasta luego.

PEPE REY.- (Aparte a ROSARIO.) Me aguardarás en la huerta. Yo saldré pronto.

DOÑA PERFECTA.- ¿Don Inocencio se queda por aquí? ¿Por qué no se va a descabezar su siestecilla en un sillón del comedor?

DON INOCENCIO.- (Acomodándose en el sillón rústico.) Si estoy aquí tan ricamente. Ya sabe usted mi costumbre. Cierro los ojos. Quince minutos de descanso cerebral me bastan.

DOÑA PERFECTA.- Pues adiós. (Vanse DOÑA PERFECTA y ROSARITO por la puerta de la casa.) A descansar.

PEPE REY.- Don Inocencio...

DON INOCENCIO.- Hijo mío, a divertirse viendo esas maravillas de la antigüedad.

Escena V

DON INOCENCIO; MARÍA REMEDIOS.

DON INOCENCIO.- (Queriendo dormirse.) Satis est requiescere lecto, si licet, et solito membra levare thoro...

MARÍA REMEDIOS.- (Que sale par el foro.) Señor tío, déjese ahora de sueñecicos.

DON INOCENCIO.- (Despabilándose.) Pero mujer...

MARÍA REMEDIOS.- Tenemos que hablar... Buena nos ha caído con

la llegada de ese iscarote... La niña, el ángel de la casa, la palomita sin hiel, ¡ah, mundo mentiroso, mundo falaz! se nos va, se nos escapa... Por de pronto, el primo... le gusta.

DON INOCENCIO.- ¿Cómo sabes...?

MARÍA REMEDIOS.- Mientras aquí charlaban, yo, detrás de aquellos árboles, atisbaba la cara de la niña... Nada, que los ojos de una chiquilla enamorada, dicen más verdad... que un misal.

DON INOCENCIO.- Podrías equivocarte. Es pronto todavía...

MARÍA REMEDIOS.- ¡Ah, señor tío! Mientras el ingeniero echaba aquellos despotriques de la ciencia, la niña con los ojos... se lo comía.

DON INOCENCIO.- ¡Bah, bah!... No seas cócora... Ya salió tu carácter inquieto, inflamable, levantisco...

MARÍA REMEDIOS.- Dios me ha hecho a mí súpita y acometedora para ganar estas batallas, como le ha hecho a usted cachazudo y timorato para perderlas.

DON INOCENCIO.- Bueno, mujer.

MARÍA REMEDIOS.- Y si usted y la señora se descuidan, se nos deshace, como la sal en el agua, la colocación del niño. ¡Vaya una gloria casarle con la hija única de doña Perfecta, amarnos, como quien dice, con personas tan principales...! Y ya estaba la pasta hecha. No faltaba más que meterla en el horno. Pero da el demonio una patada, y ¡zas! el ingeniero... ¡Ah! lloraría de rabia, sí señor. ¿De qué le vale ahora a mi Jacinto ser tan buen cristiano, y saber todo lo que sabe, como un serafín de Dios?

DON INOCENCIO.- Mujer, ten calma... No te aturrulles... Yo creo que al fin..

MARÍA REMEDIOS.- Pero si la señora está siempre con él hecha unas mieles... «Queridísimo Pepe, sobrino mío, hijo de mi alma».

DON INOCENCIO.- ¿Pues qué ha de hacer la señora...? Mira, oye... Nuestra bonísima doña Perfecta no quiere casar a Rosario con el señor de Rey... Claro: su conciencia no puede transigir con la impiedad. No quiere, no... Pero por respeto a su hermano, no se opone ostensiblemente, no dice que no, no puede decirlo. Remedios, no puede... Ahí tienes el conflicto en que se ve la santa señora.

MARÍA REMEDIOS.- Pues ese, como no lo echen a zapatazos...

DON INOCENCIO.- Déjate de tonterías... ¿Tú qué sabes? Déjanos a la señora y a mí, y no te metas en nada, ni vengas aquí, ni andes con chismes, ea... Vete a casa, y que no deje de venir Jacintillo esta tarde.

MARÍA REMEDIOS.- Ya le dejé preparándose... Voy a darle la última mano. Le pondré como un sol... el chaqué nuevo, que le llevó ayer el sastre... pantalón de cuadritos, todo por figurín, su corbatita azul, sus guantes... ¡ay, y que le caen tan bien!

DON INOCENCIO.- Bueno, pues anda... a casa.

MARÍA REMEDIOS.- Me voy. (Viendo salir a LIBRADA por el comedor.) ¡Ah!... a ver qué trae esta.

LIBRADA.- Señor don Inocencio...

DON INOCENCIO.- ¿Se fueron esas señoras?

LIBRADA.- Han bajado a la huerta con la señora. La señora que haga usted el favor de ir, que tiene que hablarle.

DON INOCENCIO.- Voy allá. (A MARÍA REMEDIOS.) Vete ya.

MARÍA REMEDIOS.- (Viendo venir a ROSARITO que aparece viniendo de la huerta.) ¡Ah! la niña...

DON INOCENCIO.- Déjala... no le digas nada. Temo tus inconveniencias... A casa. (A ROSARITO.) No entretengas a esta, no le des cuerda, que habla más que una cotorra... Tiene que hacer en casa. (Vase hacia la huerta.)

Escena VI

ROSARITO; MARÍA REMEDIOS.

ROSARITO.- Cotorrita, ya oíste lo que dice tu tío.

MARÍA REMEDIOS.- Sí, Me voy... (Con fingida aflicción.) Mi hijo me aguarda. No puede estar sin mí, ¡pobre ángel! Está tan triste, tan caidito, tan... Para ver si se distrae, le he mandado que venga acá esta tarde.

ROSARITO.- Sí, que venga...

MARÍA REMEDIOS.- ¡Ay! temo mucho que la murria me le mate.

ROSARITO.- ¿Por qué? ¡Pobrecillo!

MARÍA REMEDIOS.- Y el cuento es que no quiere venir. Cuesta Dios

y ayuda hacerle salir a la calle.

ROSARITO.- Eh, no exageres... Tú siempre con esos extremos... (Remedándola.) «¡Oh, mundo amargo, mundo abominable!...» Mira, le dices a Jacinto que yo le mando venir.

MARÍA REMEDIOS.- Puede que sea peor...

ROSARITO.- Quiero que le conozca mi primo.

MARÍA REMEDIOS.- ¿Quieres que le conozca...? Yo también deseo conocerle... Dicen que es muy simpático.

ROSARITO.- Sí.

MARÍA REMEDIOS.- Y que sabe más que Merlín.

ROSARITO.- ¡Lo que sabe!

MARÍA REMEDIOS.- Pues el niño se alegrará... yo también... ¡y le daría yo un abrazo muy apretado, muy apretado!... (Bruscamente.) Adiós. (Se va rápidamente por la izquierda.)

Escena VII

ROSARITO; PEPE.

ROSARITO.- (En la puerta de la biblioteca.) ¿Qué haré? Me dijo que en la huerta. Pero si allá está mamá con esas viejas charlatanas, insoportables... ¿Subiré a la biblioteca? No, no, me dijo que esperara.

PEPE REY.- (Por la puerta que conduce a la biblioteca.) Te sentí llegar. He engañado al buen bibliómano, diciéndole que sentía un fuerte dolor de cabeza y necesitaba acostarme. El pobre señor allá se queda solo, nadando en un mar de preciosos manuscritos.

ROSARITO.- ¿Y de veras no te duele la cabeza?

PEPE REY.- No, no.

ROSARITO.- Yo creí que sí, con aquellas discusiones que no vienen a cuento.

PEPE REY.- Hija, el tal don Inocencio me enciende la sangre.

ROSARITO.- ¡Pobre señor, es tan bueno!

PEPE REY.- Dime, ¿es el amigo íntimo, el consejero de la familia?...

ROSARITO.- Sí, viene todos los días.

PEPE REY.- Dios nos tenga de su mano.

ROSARITO.- ¿Por qué? Me quiere mucho, y le quiero.

PEPE REY.- Entonces será forzoso que yo le quiera también. Me dijo don Cayetano que tiene una sobrina.

ROSARITO.- Ahora mismo salió de aquí... ¡Tan buena la pobre...!

PEPE REY.- Madre de un jovencito...

ROSARITO.- A quien conocerás luego. Es gente honradísima.. Los tres nos quieren con locura.

PEPE REY.- Si no entendí mal, son de origen humilde.

ROSARITO.- María Remedios fue criada de casa... Pero de esto hace mil años...

PEPE REY.- Y después, se han crecido...

ROSARITO.- Heredaron algo de un hermano de don Inocencio, que murió en la Habana, y hoy viven con holgura modesta, y son muy considerados en la ciudad.

PEPE REY.- Bien, bien, (Cogiéndola una mano y llevándosola hacia la huerta.) Vámonos.

ROSARITO.- Ay, no puede ser allá. Mi madre y las de Cirujeda y don Inocencio andan de palique por la huerta de abajo.

PEPE REY.- (Deteniéndose.) ¡Cuidado que es desgracia la nuestra! En todo el día no hemos encontrado un ratito de soledad

ROSARITO.- Ayer tarde, no te quejes, pudiste hablarme, decirme...

PEPE REY.- No hice más que desflorar mi pensamiento. Llegó tu madre, y me cortó la palabra, dejándome a media miel. Yo te decía...

ROSARITO.- (Ligeramente avergonzada.) Si me acuerdo bien. No puedo olvidarlo.

PEPE REY.- Que desde que te vi, mi alma se sintió inundada de un gozo tan vivo...

ROSARITO.- Y yo, cuando entró mamá, iba a contestarte...

PEPE REY.- ¿Qué?

ROSARITO.- Que no lo creía, que no lo creo. ¿Tan pronto...? Mira, Pepe, yo soy una lugareña, yo no sé hablar más que cosas vulgares, yo no sé francés, yo no me visto con elegancia... Vaya, no seas pillo: no puedes haber sentido, al verme, ese gozo del alma... Yo, nada soy, nada valgo...

PEPE REY.- Para mí, más que el mundo entero.

ROSARITO.- ¡Jesús! ¡Qué chiquito es el mundo!

PEPE REY.- Junto a ti, como un grano de arena. Si me conocieras como yo creo conocerte a ti, sabrías que jamás digo si no lo que siento. Yo no hablaré contigo más lenguaje que el de la verdad.

ROSARITO.- El de las matemáticas, como diría, burlándose, el pobrecito don Inocencio.

PEPE REY.- Y como soy todo matemáticas, voy a la exactitud, y te digo: «Rosario, yo he venido aquí a casarme contigo».

ROSARITO.- (Ruborizada, bajando los ojos.) ¡Pepe, qué cosas tienes!

PEPE REY.- Mira, prima querida, te juro que si no me hubieras gustado, ya me habría ido yo con mi ciencia a otra parte. Con todos los esfuerzos de la cortesía y de la delicadeza, no me habría sido posible disimular mi desengaño.

ROSARITO.- (Sin mirarle.) ¡Pepe, si no hace más que dos días que llegaste...!

PEPE REY.- Dos días, y ya sé todo lo que tenía que saber; sé que te quiero, que eres la mujer que desde hace mucho tiempo me está anunciando el corazón, diciéndome noche y día: «ya viene, ya está cerca... ahí la tienes».

ROSARITO.- ¡Ja, ja!... ¡qué gracia! (Por disimular su turbación.)

PEPE REY.- Tú te empeñas en que nada vales, y eres la maravilla de la Naturaleza. Para mayor gloria tuya, ignoras tu mérito inmenso, y no ves la luz, no sientes el calor divino que proyecta tu alma sobre todo cuanto te rodea. (Con entusiasmo.) Eres mi vida nueva, y yo te quiero como un tonto.

ROSARITO.- ¡Primo, primo mío, por Dios! (Conmovida se deja caer en una silla, con ligero desvanecimiento.) Yo te suplico...

PEPE REY.- ¿A ver... qué me suplicas?

ROSARITO.- (Pausa.) Que no me digas esas cosas...

PEPE REY.- ¿Te molesta que yo te quiera?

ROSARITO.- (Vivamente.) No, no.

PEPE REY.- ¿Quieres que me vaya?

ROSARITO.- No.

PEPE REY.- ¿Que no te diga...?

ROSARITO.- Sí, sí: dímelo.

PEPE REY.- Si yo tuviera la suerte, la dicha inmensa de que me quisieras tú, aunque no quisieras decírmelo...

ROSARITO.- Te lo diría; sí, te lo diría... Pero no tan pronto; tan pronto no te lo puedo decir, Pepe. Ten formalidad...

PEPE REY.- Bueno, me lo dirás más tarde...

ROSARITO.- A su tiempo... dentro de muchos días. ¡Oh, ahora, ahora, no estaría bien!

PEPE REY.- Y cuando me digas eso, ¿me dirás que me quisiste, como yo, desde el primer día?

ROSARITO.- No, antes... (Con viva espontaneidad.) Desde mucho antes de verte... Pero no; me callo... No he dicho nada todavía.

PEPE REY.- Aguardaré... Yo tengo paciencia... La ciencia es la paciencia, Rosario.

ROSARITO.- Es que... verás. Mamá me daba a leer las cartas de tu padre, y me gustaba tanto, tanto, leer los elogios que tu papá hacía de ti. Y yo me decía...

PEPE REY.- ¿Qué?

ROSARITO.- Nada.

PEPE REY.- Decías: «este debiera ser mi marido».

ROSARITO.- Si tu papá, en aquellas cartas, no decía nada de casorio. No, Pepe, no decía nada.

PEPE REY.- Pero lo decías tú.

ROSARITO.- Lo que yo hacía era asombrarme mucho de que tu padre no dijese nada. ¡Qué descuido!

PEPE REY.- Pero al fin lo dijo...

ROSARITO.- (Vivamente.) Pero esa carta no me la dio a leer mamá. Y no debía dármela... no, no... era muy pronto. Luego, llegas tú de improviso... (Aparece DOÑA PERFECTA y DON INOCENCIO viniendo de la huerta. Tras ellos JACINTITO.)

PEPE REY.- (Se vuelve como oyendo los pasos.) Alguien viene.

ROSARITO.- (Asustada.) ¡Ah...! mi madre...

Escena VIII

Dichos; DOÑA PERFECTA, DON INOCENCIO, JACINTITO, vestido con elegancia de pueblo, sin llegar a lo ridículo.

DOÑA PERFECTA.- (Disimulando su disgusto por verlos juntos.) ¿Pero no estabais en la biblioteca con Cayetano?

PEPE REY.- Sí señora; pero cansados de admirar las hermosuras de lo pasado, nos salimos aquí, a charlar un poquito de las venideras.

DOÑA PERFECTA.- Temprano empezáis.

DON INOCENCIO.- Tengo el honor, señor don José, de presentarle al hijo de mi sobrina, Jacintito...

PEPE REY.- ¡Oh, tengo mucho gusto! Ya sé que es un joven de grandísimo mérito.

JACINTITO.- (Con modestia y cortedad.) Por Dios...

ROSARITO.- Si que lo es...

DOÑA PERFECTA.- ¡Vaya!

JACINTITO.- No me avergüencen. ¿Qué soy yo en parangón de esta personalidad, de este sabio eminente?

PEPE REY.- (Riendo.) Ahora viene el incensario por acá...

DON INOCENCIO.- Este es un pobre muchacho, aplicadillo, eso sí...

PEPE REY.- Abogado ya.

DOÑA PERFECTA.- No es Jacinto de esos talentos de relumbrón que un momento fascinan, no... Es sólido, bien remachado de sanos principios.

JACINTITO.- Siento verdadero orgullo en tratar a un hombre que viene precedido de la fama, como gloria legítima, indiscutible de la ciencia...

PEPE REY.- No me avergüencen ustedes, digo yo ahora... (Siguen hablando.)

Escena IX

Dichos; CABALLUCO, DON JUAN TAFETÁN, que vienen por la casa, puerta segunda derecha.

DOÑA PERFECTA.- (Adelantando a su encuentro.) ¡Oh! aquí tenemos al guapo de Orbajosa, Cristóbal Ramos... Pepe, aquí le tienes; un bruto que sabe ser héroe, hoy terror de los ladrones, perseguidor de los malos, bueno como el pan de picos, la miga blanda, la corteza dura.

DON INOCENCIO.- Es el célebre Caballuco de la leyenda...

PEPE REY.- De la guerra civil, ya.

CABALLUCO.- El señor ya me conoce.

PEPE REY.- Sí, nos encontramos en el camino cuando yo venía. ¡Ah! gallardísima figura la de usted a caballo... Yo dije que me parecía usted un Centauro.

CABALLUCO.- ¿Y qué es eso?

DON INOCENCIO.- Monstruo mitológico, mitad hombre, mitad caballo.

CABALLUCO.- ¡Ya!...

PEPE REY.- Y recuerdo, sí, haber oído algo de sus hazañas... como cabecilla o guerrillero.

DOÑA PERFECTA.- Hoy tienes al héroe convertido en un vulgarísimo portador del correo...

PEPE REY.- Por muchos años.

DOÑA PERFECTA.- (Presentándole.) Don Juan Tafetán, amigo de casa, solterón empedernido, Tenorio jubilado.

PEPE REY.- Celebro mucho...

DON JUAN TAFETÁN.- No haga usted caso, señor don José... ¡ji, ji! ¿Y qué? ¿Tendremos el gusto de verle aquí mucho tiempo?

PEPE REY.- Puede que sí. He venido a un asunto de familia. Además, el Gobierno me ha dado una comisión...

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Ah!...

PEPE REY.- Estudiar la cuenca del Nahara, para un trazado directo entre esta ciudad y el valle de Rejones.

DON JUAN TAFETÁN.- Pónganos usted en comunicación con el valle de Josafat, y estaremos más en carácter... ¡ji, ji!...

CABALLUCO.- Pues yo... con perdón, no venía de visita, sino por hablar con la señora...

DOÑA PERFECTA.- Luego hablaremos. Toma una copa.

CABALLUCO.- (Tomando la que le sirve DOÑA PERFECTA.) El señor sobrino de la señora, a quien yo quiero como a mi madre, me tiene a sus órdenes, y si cuando se marche teme algún mal encuentro por esos caminos de Dios...

PEPE REY.- No pienso marcharme.

DOÑA PERFECTA.- En el supuesto de que te marches, hombre...

JACINTITO.- Sí, y como anda por ahí una partidilla...

CABALLUCO.- Pero yendo el señor conmigo, no hay cuidado.

PEPE REY.- ¿Con qué partidas...?

DON JUAN TAFETÁN.- No se asuste usted; es el fruto de la tierra, como los ajos, ¡ji, ji!...

PEPE REY.- Verdad que mientras no se acabe la guerra civil, no hay territorio seguro.

CABALLUCO.- Buenos muchachos. No les he podido contener. Es el odio a las contribuciones, al Gobierno, a ese maldito Madrid, que no nos manda acá más que gente perdida... mejorando... Con usted no va nada.

PEPE REY.- Gracias.

DOÑA PERFECTA.- Todo ha sido por la amenaza del Gobierno de mandarnos tropas, que ninguna falta nos hacen.

ROSARITO.- (A DON INOCENCIO.) ¡Qué cargante es esto de la guerra!... partidas por aquí, soldados allá.

DON INOCENCIO.- Dios permite la guerra...

ROSARITO.- ¿Cuándo?

DON INOCENCIO.- Cuando desea que los hombres amen la paz.

PEPE REY.- (Formando grupo, a la derecha, con TAFETÁN y JACINTO, mientras CABALLUCO y DOÑA PERFECTA pasan al otro lado.) En vez de andar a tiros por ahí, más cuenta les tendría labrar bien sus tierras...

JACINTITO.- Es que Orbajosa, señor don José, es pueblo de muchísimo orgullo, de muchísimo tesón... Siempre que defendió una causa con las armas, dio mucho juego esta dichosa tierra del ajo. Y ahora parece que el Gobierno, al mandar soldaditos, la provoca, la reta...

PEPE REY.- No es reto; es precaución.

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Bah! No correrá la sangre al río. (Siguen hablando.)

DOÑA PERFECTA.- (A CABALLUCO, en el otro lado.) Harías bien en contener a esos locos que se han lanzado a los caminos.

CABALLUCO.- Dejarlos... Nunca está de más enseñar los dientes al Gobierno.

DOÑA PERFECTA.- (Obsequiando a CABALLUCO, que se ha sentado junto a la mesa de la derecha.) Toma un cigarro. ¿Quieres otra copa? (Se la sirve.)

PEPE REY.- (Contestando a algo que ha dicho JACINTO.) Amigo mío, no veo relación ninguna entre la filosofía alemana y las partidas de Orbajosa.

JACINTITO.- Yo sí... (Con pedantería.) Y dígame, señor don José, ¿qué piensa usted del darwinismo?

PEPE REY.- (Sorprendido.) ¿YO?... Nada. Mis estudios han sido de índole muy distinta.

DON INOCENCIO.- (Llenando una copa.) Todo se reduce a sostener que descendemos... (Ofreciendo la copa a PEPE REY.) Don José, una copita.

PEPE REY.- (La acepta.) Gracias. (Bebe un poco.)

DOÑA PERFECTA.- (Ofreciendo a TAFETÁN.) Tafetán, una copita.

PEPE REY.- Pues el darwinismo es una doctrina respetable que no puede tratarse en solfa.

CABALLUCO.- (Que no entiende el término.) ¿Cómo se llama eso? (Sin moverse de su asiento oye.)

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Menudas agarradas hay en el Casino por eso del darwinismo y los monos...! ¡ji, ji!

JACINTITO.- En esa doctrina hay que distinguir entre los estudios experimentales, que son muy buenos, y las consecuencias filosóficas, que son deplorables.

PEPE REY.- En efecto; la experimentación fundamental es asombrosa. Yo creo...

DOÑA PERFECTA.- (Con sequedad, interrumpiéndole.) ¡Pepe...!

PEPE REY.- Señora.

DOÑA PERFECTA.- ¡Si piensas defender esas ideas absurdas, hazlo donde yo no te oiga!

ROSARITO.- ¡Mamá, si no ha dicho nada!

PEPE REY.- Yo no defiendo nada. Decía...

DOÑA PERFECTA.- Mira que ya tienes muy mala fama en Orbajosa.

PEPE REY.- ¡Yo... mala fama!

DON INOCENCIO.- Nada. Es que la gente viciosa da en decir si es... o no es.

PEPE REY.- (Quemándose un poco.) Pero, ¿qué soy?

ROSARITO.- (¡Qué es, Dios mío!).

DOÑA PERFECTA.- (Con aparente cordialidad.) No te enfades... Ya sé yo que eres bueno, tan bueno como tu padre, y te queremos mucho. ¡Pues no es floja batalla la que he dado hace un rato en tu defensa!

PEPE REY.- ¡En mi defensa!

DON INOCENCIO.- Lo presencié. Su tía le defendió a usted como una leona.

PEPE REY.- ¡A mí!

DOÑA PERFECTA.- Nada, hombre. Que estuvieron aquí las de Cirujeda, unas señoras muy respetables...

ROSARITO.- (Y muy charlatanas, y muy venenosas).

DOÑA PERFECTA.- Y me dijeron que han oído decir... Nada: que si eres o no eres incrédulo...

PEPE REY.- Pero esas señoras no me conocen... ¡Vaya con las pécoras...!

DOÑA PERFECTA.- ¡Eh! no las injurias, que son muy buenas cristianas, muy comedidas, muy principales...

DON INOCENCIO.- Dijeron mil simplezas: que usted no cree que Dios nos crió a su imagen y semejanza...

DOÑA PERFECTA.- Sino que tenemos por ascendientes a los orangutanes o a las cotorras.

PEPE REY.- ¡Yo... qué desatino!

DOÑA PERFECTA.- Y que aseguras que el alma es una droga... como los papelillos de magnesia o de ruibarbo que se venden en la botica...

ROSARITO.- (¡Qué iniquidad! ¡Estúpidas!).

PEPE REY.- ¡Pero esas señoras están locas! Que yo... Llévenme a su casa para decirles que las han engañado.

DOÑA PERFECTA.- Cálmate... ¡Ay, sobrino, cómo te defendí...! ¡Si me hubieras oído...! Cierto que no pude convencerlas. Pero por mí no quedó... Yo sé que eres bueno, delicado, y que no has de defender aquí públicamente, lastimándome a mí y a todo el pueblo, esas abominaciones.

PEPE REY.- (Con gradual enojo.) ¡Si yo no pienso eso!... ¡Si no lo he

pensado nunca!... Pero usted, tía, ¿qué idea tiene de mí...? ¡Esto ya es ofensivo, esto es deseo de molestarme!... No, tía, usted no cree...

DON INOCENCIO.- La señora no le acusa a usted; no hace más que advertirle que, si por acaso profesase esas ideas, se guarde de manifestarlas aquí.

DOÑA PERFECTA.- Justo.

CABALLUCO.- Eso; que si lo piensa, se lo calle.

PEPE REY.- ¿Pero qué es esto? ¿Se han propuesto aquí volverme loco...? Claro, yo tengo mis ideas, que seguramente en algo han de discrepar de las de ustedes.

DOÑA PERFECTA.- ¿Ves, ves?

ROSARITO.- (Muy nerviosa, a JACINTO.) Pero, tonto, Jacinto, ¿qué haces que no sales a su defensa?

JACINTITO.- ¿Yo?... ¡Dios me libre! Ya sabrá él defenderse. (Con pedantería.) El racionalismo, hijo legítimo de la experimentación, encuentra en el arsenal de las ciencias físico naturales, armas terribles para su defensa.

DON INOCENCIO.- No está mal.

JACINTITO.- Por eso el señor don José se cree inexpugnable en su fortaleza científica, y nos mira con lástima a los pobres romancistas que preferimos la fe a la ciencia...

DOÑA PERFECTA.- Y vivimos obscuramente en la simplicidad y en el santo temor de Dios, con nuestra conciencia bien tranquila.

PEPE REY.- (Subiendo gradualmente en su enojo.) La mía también lo está.

DOÑA PERFECTA.- A saber. Pero llegará día, ¡ay! en que reconozcas tus errores, y abjures de toda esa ciencia insana.

DON INOCENCIO.- Distingamos, sí, la ciencia útil, la ciencia verdadera de la...

PEPE REY.- ¡Dale con la ciencia! (Conteniendo su ira con dificultad, próxima a estallar.) Por Dios, don Inocencio, ¿qué sabe usted lo que es la ciencia?

DOÑA PERFECTA.- Mejor que tú.

PEPE REY.- ¿Y usted qué sabe? ¡La ciencia! (Sin poder contenerse.) ¡Oh, no puedo más! (Estallando.) ¿Para qué hablan de ciencia, para qué la nombran siquiera, aquí, en esta madriguera de la superstición, del fanatismo y de la barbarie...?

DOÑA PERFECTA.- ¡Jesús! (Llevándose las manos a la cabeza. Todos manifiestan asombro y miedo.)

PEPE REY.- (Con ardor.) Y no me digáis que en medio de este salvajismo viven las santas creencias. No... la verdadera piedad aquí no existe. No hay más que un artificio muy tosco, y un antifaz muy negro para esconder la discordia, el miedo a la luz...

DOÑA PERFECTA.- (Cogiendo a ROSARIO y llevándosela hacia la casa.) Hija mía, vámonos de aquí... No podemos oír esto.

PEPE REY.- (Viendo a ROSARIO, que aterrada, se aleja.) ¡Ah! ¿qué he dicho?... (Como si volviera en sí.) ¡Oh, qué ofuscación!... Es que me han irritado... No, no, no he dicho nada... No, no, querida tía, Rosario...

ROSARITO.- (Llorando.) ¡Ay de mí!

PEPE REY.- Señora... perdóneme usted.

DOÑA PERFECTA.- Te perdonamos, pero no te oímos, no. Vámonos... Puedes seguir... sigue...

PEPE REY.- (Aturdido.) No, si no digo nada, si yo... señor don Inocencio, Jacinto, señores... (Todos permanecen mudos y se van escabullendo hacia la casa.) ¡Y es esta la paz que creí encontrar aquí!

CABALLUCO.- Si usted quiere marcharse de Orbajosa, ya sabe...

PEPE REY.- ¿Marcharme? No, no. (Con gran firmeza.) Aquí triunfo, o muero.

ACTO SEGUNDO

Sala baja en la casa de doña Perfecta. Al foro izquierda una ventana grande que da a la calle, o al jardín: al foro derecha puerta grande, por donde entran los que vienen del exterior.

A la derecha, en primer término, una puerta, de la cual arranca la escalera interior que conduce a las alcobas de la casa. En el segundo término, el paso al comedor. A la izquierda la puerta del cuarto de Pepe Rey.

La estancia es anticuada, patriarcal, revelando las costumbres rutinarias de una familia rica y noble que vive en un pueblo. Mucha limpieza y arreglo en el mueblaje, que también es antiguo, y de cierto valor artístico. Cuadros religiosos y de familia.

Mesa a la izquierda, y en ella una lámpara encendida.

Empieza el acto después de anochecer.

Escena I

PEPE REY, muy abatido, echado en un sillón; DON CAYETANO, que entra por la derecha.

DON CAYETANO.- ¿Pero qué tienes...? ¿aburridito...?

PEPE REY.- ¡Loco!

DON CAYETANO.- Por no hacerme caso... Si hubieras querido ayudarme a coordinar las Vidas de Orbajosenses ilustres... Seis horas se me han pasado en un soplo.

PEPE REY.- Yo no arreglaría a los orbajosenses ilustres y no ilustres, más que de una manera.

DON CAYETANO.- ¿Cómo?

PEPE REY.- A tiros.

DON CAYETANO.- ¡Bah!... ya estás con tu idea maniática.

PEPE REY.- ¡Qué vida la mía! Se reduce a vagar por este feísimo pueblo, en compañía de don Juan Tafetán, que es mi único amigo. Hemos visto la catedral no sé cuántas veces. Por cierto que esta mañana...

DON CAYETANO.- ¿Qué?

PEPE REY.- Nada... Pues el pobre Tafetán se desvive por distraerme: me lleva a las huertas, a visitar ruinas celtíberas o romanas; me pasea por todo el pueblo, me introduce en las tertulias de la botica o de las tiendas, procura, en fin, disipar el tedio inmenso que me consume. (Exaltándose.) ¡Esto es horrible, esto no tiene nombre!... Vivo en esta casa, y ya van cinco días, cinco, que no puedo ver a Rosario... «Que está enferma, que duerme de día, que no quiere ver a nadie, y tal y que sé yo...». ¡La esconden de mí, me apartan de ella como unapestado!

DON CAYETANO.- ¡Hombre, no! La niña tiene un arrechucho nervioso que exige, según los médicos, descanso, soledad, aislamiento.

PEPE REY.- ¿Pero es tan grave su mal, que yo, su primo, su... iba a decir su prometido, en fin, yo, no puedo pasar a verla?

DON CAYETANO.- No sé...

PEPE REY.- ¡Ah, mi buen don Cayetano, si viera usted qué cosas se me ocurren! Mis pensamientos son negros, huraños, recelosos, como el pueblo en que vivo. He dado en creer que la enfermedad de Rosario es un artificio de su madre para que la pobre niña no pueda verme ni hablarme...

DON CAYETANO.- ¡Por Dios, Pepe...! No, no; eso no te lo paso... ¡Suponer que Perfecta, que es toda bondad, cariño, dulzura...! No, hijo, no, no.

Escena II

Dichos; JACINTITO, por la izquierda, con un fajo de papeles, como de pleito.

JACINTITO.- Señor don José... ¿le molesto?

PEPE REY.- ¡Ah!... Jacintito... ¿qué tal?

JACINTITO.- Pasando. ¿Y usted?... Señor don Cayetano... Pues... mucho siento, señor don José, tener que hablar a usted de este desagradable asunto.

PEPE REY.- ¿El pleito?... digo, los... porque ya pleitea conmigo medio Orbajosa.

DON CAYETANO.- ¿Y tú defiendes a ese marrullero de Licurgo?

JACINTITO.- No señor.

PEPE REY.- ¿A los Farrucos?

JACINTITO.- Ellos quieren; pero mi amistad con esta familia no me permite encargarme de tal defensa. Señor de Rey, he estudiado detenidamente el asunto, y... como letrado y como amigo, me tomo la libertad de aconsejarle que transija.

PEPE REY.- (Indignado.) ¡Transigir con esa pillería! ¡Acceder a sus enredos! ¡Nunca!

JACINTITO.- Mire usted que el Juez ha dictado una providencia, mandando... Ahí tiene, para que se entere... (Deja los papeles sobre la mesa.)

PEPE REY.- No necesito ver nada. ¿Son ellos tercos? Yo más.

DON CAYETANO.- (Interrumpiéndole.) Con todo, Pepe, vale más que cedas...

PEPE REY.- (Con energía.) No, no... Odio a la negra Orbajosa, y a todos sus habitantes.

Escena III

Dichos; DOÑA PERFECTA por la derecha.

DOÑA PERFECTA.- (Con zalamería.) ¿También a mí?

PEPE REY.- A usted no... (Dudando.) Querida tía... A usted no.

DOÑA PERFECTA.- ¿Por qué tan furioso?

PEPE REY.- Porque me siento extranjero en esta ciudad tenebrosa de pleitos, de antiguallas, caciquismo y envidia solapada... No puedo vivir más tiempo aquí. Me voy,

me voy; pero entiéndase bien, sin desistir de lo que aquí me trajo. Señora, yo vine a casarme con su hija de usted. Démela usted, y me voy.

DOÑA PERFECTA.- ¿Lo ven ustedes? Sí es una centella. ¡Qué carácter, Dios mío! Y hay que tener cuidado con él, pues a lo mejor, por cualquier palabrita, se dispara y nos llama bárbaros, supersticiosos...

DON CAYETANO.- Querido Pepe, ten calma. Ya sabes que mi hermana con muchísimo gusto te llamará su hijo. Rosario no se opondrá tampoco queriéndolo ella. ¿Qué falta, pues? Nada más que un poco de tiempo.

DOÑA PERFECTA.- Vamos, como tú no piensas más que en máquinas, todo quieres llevarlo al vapor, ¡hala, hala! Espera, hombre, espera. Ese aborrecimiento que le has tomado a nuestra pobre ciudad, es una monomanía absurda.

PEPE REY.- (Descorazonado.) Es que hasta las piedras parecen levantarse contra mí.

DOÑA PERFECTA.- ¿Lo dices por los pleitos? ¿Tengo yo la culpa? Que te diga este (Por JACINTO.) la chillería que anoche le eché al buen Licurgo.

JACINTITO.- Sí, sí; buena peluca se llevó, por su furor jurídico y litigante.

PEPE REY.- Y hay más: desde que estoy aquí no he recibido carta de mi padre.

DON CAYETANO.- No te habrá escrito.

PEPE REY.- Imposible. (Oyendo aldabonazos en la puerta de la casa.)

DOÑA PERFECTA.- El correo.

DON CAYETANO.- Veremos lo que trae. (Vase DON CAYETANO por la izquierda.)

DOÑA PERFECTA.- Puede que hoy recibas carta.

PEPE REY.- Señora doña Perfecta, o yo tengo la cabeza trastornada, o me salen enemigos de todas las grietas de todos los rincones de este pueblo fatídico. Veo sombras que corren tras de mí, o se adelantan buscándome las vueltas, rostros entapujados que me acechan

DOÑA PERFECTA.- ¿Pero, hijo, tan científico, y crees en fantasmas?

JACINTITO.- Don José, no recele de esta hidalga gente.

DON CAYETANO.- (Entrando con varias cartas.) Hay una para ti.

DOÑA PERFECTA.- Gracias a Dios. A ver si es de tu padre.

PEPE REY.- (Cogiendo la carta.) No, no es de mi padre. ¡Si es un pliego del Ministerio!
(Lo abre y lee rápidamente.) ¡Oh! (Atónito.)

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué es eso, hijo?

DON CAYETANO.- ¿Qué?

PEPE REY.- Una comunicación del Ministro de Fomento, relevándome del cargo que me confirió en esta zona.

DOÑA PERFECTA.- ¡Cómo! ¿Es posible...?

JACINTITO.- Pero de un gobierno así, ¿qué se puede esperar?

DON CAYETANO.- ¡Infamia mayor!

PEPE REY.- (Muy nervioso, arrojando el pliego sobre la mesa.) ¡Oh, yo descubriré la mano misteriosa...!

DOÑA PERFECTA.- ¡Ay, Dios mío! ¿También de esto le echas la culpa a nuestra pobre patria, donde todo es buena voluntad, paz, sencillez...?

PEPE REY.- (Con tenacidad.) ¡Ah, sí, este tiro ha salido también de aquí! Mi corazón lacerado me lo dice a gritos. No puedo, no puedo dudarle. En esto, como en lo otro, veo una persecución sistemática, una guerra insidiosa.

DON CAYETANO.- Pepe, no seas niño.

JACINTITO.- Nada, es manía...

DOÑA PERFECTA.- Iluso, vuelve tus ojos a Madrid, dirige tus sospechas a los políticos corrompidos, a los compañeros envidiosos... (Vivamente.) Te advierto una cosa, y es que si quieres ir allá para averiguar la causa de este desaire, y pedir explicaciones al gobierno, no dejes de hacerlo por nosotros...

PEPE REY.- ¿Qué? (Fija los ojos en el semblante de su tía, como queriendo escudriñar sus más escondidos pensamientos.)

DOÑA PERFECTA.- (Con calma admirable, y tono de la más perfecta lealtad.) Digo, que si quieres ir, sobrino mío... vayas... ¿A qué ese asombro?

PEPE REY.- (Después de una pausa.) No señora... no pienso ir allá.

DOÑA PERFECTA.- Mejor... mejor.

DON CAYETANO.- Aquí estás más tranquilo. ¿Qué te falta?

PEPE REY.- Ver a Rosario (A DOÑA PERFECTA.) ¿Hoy tampoco?

DOÑA PERFECTA.- Hoy no puede ser. Mañana.

PEPE REY.- Lo mismo dijo usted ayer: mañana.

DOÑA PERFECTA.- El médico ha mandado que no entre nadie a verla. Pero está mejor. Se va calmando, calmando...

DON CAYETANO.- ¡Ah, los condenados nervios! el mal de la familia. Pero todo esto, señores míos, señora hermana, no será obstáculo, supongo, para que cenemos.

DOÑA PERFECTA.- Aún es temprano. Pero si quieren ya...

PEPE REY.- Yo no ceno.

DOÑA PERFECTA.- ¡Otra!

PEPE REY.- No tengo gana. He merendado en el Casino.

DOÑA PERFECTA.- Bueno. Tú, Jacintillo, te quedarás a cenar.

JACINTITO.- Si usted lo manda...

DOÑA PERFECTA.- (A PEPE REY.) ¿Sales?

PEPE REY.- No: tengo que escribir.

JACINTITO.- Don José, no deje de enterarse (Señalándole los papeles.)

PEPE REY.- (Con hastío.) No por Dios. Quedamos en que no transijo...

JACINTITO.- Lo siento... Usted verá...

DOÑA PERFECTA.- Eso, eso. ¡A sangre y fuego! Consúmeme la figura, revuélvete los humores, hombre rencoroso y soberbio. Aprende de mí; mírate en mi serenidad, en mi mansedumbre ante las adversidades. Estas, como las dichas, vienen de Dios. Yo las acepto... y callo.

PEPE REY.- (Con calma sombría, mirándola fijamente.) Ya aprendo, señora, en ese libro; ya me miro en ese espejo.

DON JUAN TAFETÁN.- (En la puerta del foro.) ¿Se puede?

DOÑA PERFECTA.- Aquí tienes a tu gran amigote y compinche.

Escena IV

DOÑA PERFECTA, PEPE REY, DON CAYETANO, JACINTITO, DON JUAN TAFETÁN.

DON JUAN TAFETÁN.- Ilustre señora, nobles caballeros...

DON CAYETANO.- Bien venido sea el primer punto de Orbajosa, y el proto-tipo de la vejez pizpireta.

DOÑA PERFECTA.- Celebro que venga usted, Tafetán; este señorito, se nos muere de tristeza, y usted sólo sabe alegrarle. Ω

DON CAYETANO.- Corriéndola por ahí, día y noche.

DOÑA PERFECTA.- ¡Sabe Dios, sabe Dios!... Ay, Tafetán, tiemblo de ver a mi sobrino en tan mala compañía.

JACINTITO.- ¡Y tan mala! Este don Juan es tremendo, ¡Si supiera usted sus aventuras!

DON JUAN TAFETÁN.- Jacintito, flor temprana, no hables de mis aventuras, que nos ruborizamos.

JACINTITO.- ¡Viejo verde!

DON JUAN TAFETÁN.- Verdura me dé Dios, alegría honesta para pasar los cansados años.

LIBRADA.- (En la puerta del comedor.) Señora, la cena.

DOÑA PERFECTA.- ¿Quiere usted cenar, don Juan?

DON JUAN TAFETÁN.- Mil gracias, señora.

DOÑA PERFECTA.- (Agarrando a JACINTITO por el brazo.) Vamos. (Vanse los tres.)

Escena V

PEPE REY; DON JUAN TAFETÁN.

DON JUAN TAFETÁN.- ¿Nos echamos a la calle?

PEPE REY.- No: estoy fatigadísimo.

DON JUAN TAFETÁN.- Como que anduvimos hoy todas las estaciones, Casino, botica, alameda, tienda del Valenciano, y por fin, paseo por las calles para ver las niñas guapas. ¡Y que las hay hermosas!

PEPE REY.- Para mí no hay hermosura, ni amenidad, ni alegría en ninguna parte.

DON JUAN TAFETÁN.- ¡ji, ji!... Vamos, ¿a que le pongo yo a usted en un periquete, con dos palabritas, más alegre que unas Pascuas?

PEPE REY.- ¿A que no?

DON JUAN TAFETÁN.- A que sí. ¡Ji, ji!... (Con misterio.) Quiero ayudarle a usted de una manera práctica y eficaz en la lucha que sostiene... Nada, queridísimo amigo, que este cura, Juan Tafetán, le va a sacar a usted de penas.

PEPE REY.- Veámoslo.

DON JUAN TAFETÁN.- Deme usted un abrazo, ¡ji, ji!...

PEPE REY.- Explíquese.

DON JUAN TAFETÁN.- La señora doña Perfecta, que es tremenda... esa sí que es tremenda, tremebunda... ya la irá usted conociendo... le ha cortado a usted toda comunicación con la angelical Rosarito.

PEPE REY.- Sí... Y que no hay en el mundo criados más incorruptibles que los de esta casa.

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Ji, ji!...Venga otro abrazo. Y la más incorruptible, Librada, guardiana o cancerbera de la señorita. Usted ha intentado sobornarla...

PEPE REY.- Inútilmente. Su fidelidad es arisca, punzante, feroz...

DON JUAN TAFETÁN.- Feroz... ¡ji, ji!... esa es la palabra. Pues bien, a esa fiera, ya la tiene usted domada.

PEPE REY.- ¿Qué me dice, don Juan? ¿Por qué medio?

DON JUAN TAFETÁN.- Por uno tan fácil como grato para mí. Es mi genio, ¡ji, ji!... Es mi flaco, ¡ji, ji!... mi fuerte, mejor dicho.

PEPE REY.- ¿Pero cómo?

DON JUAN TAFETÁN.- Haciéndole el amor... ¡ji, ji!...

PEPE REY.- ¡El amor!

DON JUAN TAFETÁN.- No se escandalice. Es platónico... Restos, amigo Pepe, restos marchitos de una existencia consagrada a la galantería, ¡ji, ji!...

PEPE REY.- ¿Pero es de veras?

DON JUAN TAFETÁN.- Como usted lo oye. Esta tarde en la plaza, después de dejarle a usted, y esta noche en la tienda, hemos quedado de acuerdo. ¡Oh, yo soy de una sombra increíble para estas cosas! La he vuelto loca, Pepe, loquita. Con esto, y con ofrecerle colocar en el Fielato a su novio, se ha pasado del partido de la tía al del sobrino. En suma, que Librada, el cancerbero implacable, se compromete a llevar y traer toda la correspondencia que exijan estas aflictivas circunstancias.

PEPE REY.- (Con viveza.) ¡Oh, felicidad! Voy a escribirle.

DON JUAN TAFETÁN.- Espérese usted. La niña está acongojadísima. No hace más que llorar.

PEPE REY.- Y maldecir su forzoso encierro.

DON JUAN TAFETÁN.- Del cual se consuela pensando en su primo, a quien adora, y saliendo en su busca...

PEPE REY.- (Sorprendido.) ¿Cómo es eso?

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Ji, ji!... No hay jaula bastante segura para un pajarito que quiere volar... (Bajando la voz.) Anoche, Rosario y Librada, mientras doña Perfecta dormía... la señora duerme al lado de acá... allá la niña...

PEPE REY.- Sí.

DON JUAN TAFETÁN.- Pues la cautiva y su carcelera se salieron del cuarto muy entapujaditas, y silenciosas bajaron aquí, y recorrieron todo este piso como dos fantasmas, ¡ji, ji!... Salieron al patio, volvieron acá, revolvieron todo... Rosario se consolaba mirando a la puerta del cuarto de usted...

PEPE REY.- ¡Aquí... anoche!... ¿A qué hora?

DON JUAN TAFETÁN.- Entre diez y once.

PEPE REY.- ¡Y yo en el Casino, estúpidamente aburrido!... (Impaciente.) Voy a escribirle.

DON JUAN TAFETÁN.- (Cogiéndole por un brazo.) Calma. Ella será la primera que escriba. La pobre carecía de utensilios de escritura. Yo le di a Librada esta tarde papel,

sobres y un lapicito, ¡ji, ji!... Esta noche habrá cartita. Librada se la traerá a usted dentro de un ratito.

PEPE REY.- ¿Aquí?... ¡Oh, es muy peligroso!

DON JUAN TAFETÁN.- Aquí: en las barbas de la mismísima inquisidora, de la papisa Juana... ¡Ah, señora doña Perfecta, no hay enemigo pequeño! (A PEPE REY.) Ya dije a usted que su señora tía, con esa suavidad y esa diplomacia santurrona que ella gasta, me quitó mi placita en el Ayuntamiento, para dársela al sobrino de Licurgo, de su genízaro... y esa no se la perdono, ¡ji, ji!... no se la perdono.

PEPE REY.- Duro en ella. Pero la carta...

DON JUAN TAFETÁN.- Verá usted; en la portería del Casino, había un pliego para usted. Está abierto: no es más que una circular... Lo cogí, se lo di a Librada... En él mete la cartita, lo cierra, ¡ji, ji!... Ya ve usted qué sencillo...

PEPE REY.- Muy ingenioso.

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Ji, ji!... ¡Ay, Pepe, no se pare usted en barras!... Saque usted a la niña, aunque sea por el tejado... y cásele usted pronto... obsequie usted a su tía con un berrinche muy gordo... a ver si revienta...

PEPE REY.- ¿Bajarán esta noche... cree usted que bajarán?

DON JUAN TAFETÁN.- Usted lo verá luego... ¡ji, ji!... Lo que fuere sonará. Y ahora, querido Pepe, creo que debo retirarme... No vayan a sospechar nuestra conspiración.

PEPE REY.- ¿Volverá usted?

DON JUAN TAFETÁN.- Me parece que no debo volver. Mañana me contará usted...

PEPE REY.- Pero no deje de advertir... (Entra MARÍA REMEDIOS, viniendo de la calle.)

MARÍA REMEDIOS.- Santas y buenas noches.

DON JUAN TAFETÁN.- (Chist... que esta es de cuidado. Métase en su cuarto). (Alto.) Hasta mañana, don José. A descansar. Eso no será nada.

PEPE REY.- Abur, don Juan. (Entra en su cuarto.)

DON JUAN TAFETÁN.- Adiós, señora doña María Remedios. ¡Usted siempre tan guapetona, tan amable...! ¡Ji, ji!...

MARÍA REMEDIOS.- Y usted, señor de Tafetán, siempre tan perdido, tan disoluto...

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Ji, ji, ji!... Muchas gracias. Usted me favorece... (¡Así te parta un rayo!). (Vase riendo.)

Escena VI

MARÍA REMEDIOS; DOÑA PERFECTA.

MARÍA REMEDIOS.- El uno se queda, el otro se va... ¿Qué tramarán los dos libertinos, los dos escandalizadores del pueblo? ¡Oh, mundo inmoral, mundo de vilipendio...!

DOÑA PERFECTA.- (Presurosa; viene del comedor.) ¡Remedios!...

MARÍA REMEDIOS.- Señora.

DOÑA PERFECTA.- Te vi entrar... ¿Y tu tío?

MARÍA REMEDIOS.- Cena esta noche en casa del señor Deán. A la vuelta entrará por aquí.

DOÑA PERFECTA.- ¡Cuánto deseo hablarle!... ¿Y qué novedades hay?

MARÍA REMEDIOS.- ¡Ah, señora...! ¿Novedades? Diga usted horrores.

DOÑA PERFECTA.- ¡Jesús, me asustas!

MARÍA REMEDIOS.- Horrores, sí, y tales, que no sabe una cómo contarlos.

DOÑA PERFECTA.- ¡Ave María Purísima!

MARÍA REMEDIOS.- Ya sabe usted que su sobrinito y ese esperpento vicioso de Tafetán...

DOÑA PERFECTA.- Son amigos, sí. Tafetán le entretiene, le lleva y le trae. ¡El pobrecito Pepe está tan aburrido...!

MARÍA REMEDIOS.- Diga usted que el ingenierito las mata callando. Del otro no digamos. Bien sabemos que toda su vida no ha hecho más que cortejar mujeres. Él dice que por lo fino. ¡Sabe Dios qué finuras serán esas!... En fin, señora, da vergüenza verles por esas calles.

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué hacen, pues?

MARÍA REMEDIOS.- Esta tarde, iban por la calle de la Santa Faz Tafetán y su discípulo. Pasaron las de Troya; la mayor, María Juana, que es guapísima, y la

pequeñuela, tan mona... ¿Qué creará usted que hizo el cotorrón de Tafetán? Pues pararlas en mitad de la calle, y ponerse a decirles unas cosas... ¡ay qué cosas! Yo estaba en mi ventana baja, y sin quererlo, oí... digo, me entró por el oído, y me puse como la grana.

DOÑA PERFECTA.- ¡Galanteos inocentes!... ¿A ver?...

MARÍA REMEDIOS.- Que si eran bonitas, que si eran... ¡saladas, señora, saladas! Que si el pie chico, que si la mano blanca, que si el... En fin, me callo.

DOÑA PERFECTA.- Y Pepe no dejaría de echarles algún requiebro.

MARÍA REMEDIOS.- Aunque se hacía el indiferente, yo vi...

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué?

MARÍA REMEDIOS.- Que se le encandilaban los ojos... Pero en esto sale Caballuco de la tienda de Macho y ve aquel cuadro... ¡Ay, qué cuadro de liviandad, de corrupción y concupiscencia!... Ya sabe usted que Cristóbal es novio de María Juana... Es celoso como un gallo y fiero como un tigre. Pues señor, siguen las muchachas su camino; ellos van por otro lado. Cristóbal... pim, pam... tras ellos. Yo salí al instante...

DOÑA PERFECTA.- Para calmarle...

MARÍA REMEDIOS.- Sí señora, para calmarle. Le dije que don Pepe le había mirado así... con mofa despreciativa... ¡Ay, cómo bramaba el muy bruto!... Dice que ha de desafiarle, y que viene acá esta noche a pedirle explicaciones...

DOÑA PERFECTA.- ¡A mi casa! No; no quiero querellas en casa. Si viene, verás qué pronto le despacho. ¡Yo qué tengo que ver...!

MARÍA REMEDIOS.- Otra cosa. Desconfíe la señora de toda la servidumbre de esta casa... menos de Librada. ¡Es un ángel! Por esa pongo yo mi mano en el fuego.

DOÑA PERFECTA.- En punto a confianza, Librada es como yo misma.

MARÍA REMEDIOS.- Luego, tan calladita, tan... Y en la iglesia da gusto verla. ¡Qué recogimiento, qué devoción! Es una chica que da ejemplo.

Escena VII

Dichas; DON INOCENCIO.

DON INOCENCIO.- Eso es lo que hace falta: buenos ejemplos.

DOÑA PERFECTA.- (Alegre, yendo a su encuentro.) ¡Ah, don Inocencio...! ¿Con que novillos esta noche...?

DON INOCENCIO.- (Bondadoso.) Señora mía, no me riña usted. Ya hice propósito de no retirarme a casa sin dar una vueltecita por aquí.

DOÑA PERFECTA.- ¿Y el señor Deán?

DON INOCENCIO.- Ya puede usted suponer. Hemos hablado largamente de la desagradable escena de esta mañana en la Catedral. Yo no estaba allí y me alegro.

DOÑA PERFECTA.- Bien merecido le está a mi sobrino... Que aprenda.

DON INOCENCIO.- Hallábase, según me contaron, embebecido en la contemplación de retablos, pinturas y sepulcros...

MARÍA REMEDIOS.- A la hora de misa mayor. ¡Qué irreverencia!

DOÑA PERFECTA.- Ya sé... Y el señor Deán creyó procedente mandarle salir de la santa iglesia.

DON INOCENCIO.- Justo. Paréceme, y así se lo he manifestado, un rigor excesivo.

DOÑA PERFECTA.- El hecho carece de importancia.

DON INOCENCIO.- Tal creo. Ya sabemos lo que son los artistas, los que sólo entran en el templo movidos de la fiebre del arte pictórico y monumental.

MARÍA REMEDIOS.- Infernales artes, digo yo...

DOÑA PERFECTA.- Pues bien, don Inocencio de mi alma, yo deseaba verle a usted esta noche porque, verdaderamente, estoy algo inquieta... Tengo que dar a mi hermano una explicación...

MARÍA REMEDIOS.- ¡Silencio!... Las puertas oyen. (Acechando en la puerta del cuarto de PEPE REY.)

DON INOCENCIO.- (Bajando la voz.) ¡Explicación! Es muy sencilla. Si no mediara la conciencia, tendría usted que apurar el entendimiento para buscar razones. Pero mediando la fe sacrosanta, los grandes fines del alma, ante los cuales nada significa la conveniencia material, nada los vanos intereses y afectos de este mundo, no tiene usted que discurrir para expresar su resolución. Si la conciencia dice «no puede ser», fácilmente y sin ninguna turbación lo repetirán los labios.

MARÍA REMEDIOS.- (Que lo ha oído con admiración, apoyando sus palabras con movimientos de cabeza.) ¡Qué bien!

DOÑA PERFECTA.- (Reflexiva y melancólica.) «¡No puede ser!». ¡Qué duras palabras cuando median afectos de familia!

MARÍA REMEDIOS.- ¡Ay, mundo pérfido...!

DON INOCENCIO.- No le faltarán a usted disgustos, amarguras... Pero...

DOÑA PERFECTA.- Sí; para eso está la paciencia.

MARÍA REMEDIOS.- La resignación cristiana...

DON INOCENCIO.- Y a estas alturas, créame usted, lo mejor es arrostrar de frente la negativa, abandonando ya los procedimientos indirectos, por más que sean suaves... Sí, sí, señora mía. Pues él no parece comprender que debe alejarse y renunciar al matrimonio, convendría...

MARÍA REMEDIOS.- (Sintiendo abrir la puerta.) ¡Chitón, que sale!

Escena VIII

Dichos; PEPE REY.

PEPE REY.- (Detiénese receloso en la puerta.) (El canónigo).

DON INOCENCIO.- (Inclinándose ceremoniosamente, sin demostrar afecto.) Señor don José...

PEPE REY.- (Con ironía.) Amigo don Inocencio, usted siempre tan bueno, tan amable...

DON INOCENCIO.- Procuro ser ameno en la palabra, dulce en el trato, como inflexible en la conducta, en las ideas firme.

PEPE REY.- Así debe ser.

DON INOCENCIO.- Y dígame, ¿es cierto que la Sociedad Minera de Mundogrande le encarga a usted trabajos de importancia?

PEPE REY.- Tal vez...

DON INOCENCIO.- Me alegro. Le conviene a usted la actividad, salir a trabajos de campo, ausentarse, recorrer todo el país. (Siguen hablando.)

DOÑA PERFECTA.- (Aparte con REMEDIOS a la derecha del proscenio.) Lo mejor que puedes hacer ahora es marcharte.

MARÍA REMEDIOS.- Señora, déjeme... Vendrá Cristóbal... Quiero presenciar...

DOÑA PERFECTA.- (Intranquila.) No, no; vete pronto. Busca a ese bárbaro, y dile de mi parte que no parezca por acá.

MARÍA REMEDIOS.- Pero...

DOÑA PERFECTA.- Anda te digo... No quiero cuestiones en casa... (Empujándola.) Vete...

MARÍA REMEDIOS.- Ya me voy... Procuraré verle, y... Adiós, adiós. (Vase MARÍA REMEDIOS.)

DOÑA PERFECTA.- Dime, Pepe, ¿has tenido alguna cuestión con Caballuco?

PEPE REY.- ¡Yo!

DOÑA PERFECTA.- Me han dicho que está furioso contigo.

PEPE REY.- ¡Conmigo!

DON INOCENCIO.- No haga usted caso de ese bruto.

DOÑA PERFECTA.- Pues quiere nada menos que desafiarte.

PEPE REY.- ¡A mí!

DOÑA PERFECTA.- No, no temas nada.

PEPE REY.- ¡Temer yo!

DON INOCENCIO.- ¡Pobre Cristóbal! (A DOÑA PERFECTA.) Si viene acá con alguna fanfarronada de las suyas, caliéntele usted las orejas.

PEPE REY.- Es lo que me faltaba, que ese animal...

DON INOCENCIO.- ¡Si es un alma de Dios!...

Escena IX

Dichos; LIBRADA, con una carta voluminosa.

LIBRADA.- Señora.

DOÑA PERFECTA.- (Viendo la carta.) ¿Qué traes ahí?

LIBRADA.- Esto han traído para el señorito don José del Presidente del Casino.

PEPE REY.- ¡Ah! ya sé. (Disimulando su gozo.)

DOÑA PERFECTA.- (Cogiendo la carta de manos de LIBRADA. Vase esta. DOÑA PERFECTA alarga la carta a su sobrino, observando con disimulo la letra del sobre.) Toma, Pepe... ¿Te escribe don Laureano?

PEPE REY.- Sí, señora. (Disimulando su impaciencia.)

DOÑA PERFECTA.- (Queriendo irse, pero retenida por la curiosidad.) Será encargándote algún proyecto...

PEPE REY.- (Cuida de que al abrir el pliego no se caiga la cartita que viene dentro, y ojea rápidamente el papel.) La Compañía Minera de Mundogrande me propone...

DOÑA PERFECTA.- ¿Tendrás que salir a hacer estudios de campo?...

PEPE REY.- Forzosamente. Sí, querida tía, saldremos, correremos...

Escena X

PEPE REY, DON INOCENCIO, DON CAYETANO, JACINTITO, después DOÑA PERFECTA.

DON CAYETANO.- ¿No saben la gran noticia?

DON INOCENCIO.- ¿Qué?

DON CAYETANO.- Tropas en Orbajosa.

JACINTITO.- Esta noche llegan a Villahorrenda... Pero no sabemos si vendrán aquí, o seguirán a la capital de la provincia.

DOÑA PERFECTA.- ¡Qué atrocidad! (Mal humorada.) Ya tenemos aquí las plagas de Faraón. ¡Soldados!... No es más que una provocación de ese Gobierno infame.

PEPE REY.- El Gobierno no provoca, caballero; se previene contra las provocaciones. ¿Cuántas partidas han salido ya?

JACINTITO.- Tres, la de Francisco Acero, la de Chispa, la de...

DON CAYETANO.- Pero no valen tres cominos.

PEPE REY.- ¿Y el gran Caballuco no sale?

DOÑA PERFECTA.- ¡Oh, si este saliera...!

PEPE REY.- ¡Si esto sonara!

DON CAYETANO.- Ha dado su palabra al gobernador, según dicen.

DOÑA PERFECTA.- Y la palabra de Caballuco es la paz de Orbajosa.

DON CAYETANO.- Yo creo que ese batallón y los dos escuadrones que dicen, no vienen acá.

JACINTITO.- Y si vienen, no es más que a presumir.

PEPE REY.- Pero señor, dejarles que vengan. Por algo les manda el Gobierno.

DOÑA PERFECTA.- (Irritada.) Calla... ¡Ni qué falta nos hacen aquí militronches!

DON CAYETANO.- Señores, tocan a retirada.

DON INOCENCIO.- (A JACINTO.) Niño...

DOÑA PERFECTA.- (A PEPE REY.) Y tú, ¿qué haces?

PEPE REY.- Tengo que escribir... Enterarme de esto... contestar...

DON INOCENCIO.- (Despidiéndose.) Sí, sí, que trabaje. Cada lobo por su senda... En vez de correr tras lo imposible, vaya usted tras lo posible y fácil. Ingeniero a tus ingenios, empresario a tus empresas...

PEPE REY.- A mis empresas voy.

DON INOCENCIO.- Adiós.

DOÑA PERFECTA.- Descansar.

DON INOCENCIO.- Buenas y santas noches.

JACINTITO.- (Despidiéndose.) Señor don José... Señora...

DON CAYETANO.- Pepe, que descanses. (Sale acompañando a DON INOCENCIO y JACINTITO.)

Escena XI

PEPE REY; DOÑA PERFECTA, después LIBRADA.

DOÑA PERFECTA.- (Mirándolo recelosa.) Mejor es que trabajes en tu cuarto. Llévate esta luz.

PEPE REY.- (Examinando los papeles del pleito para disimular.) Sí señora.

DOÑA PERFECTA.- Buenas noches. (Se retira; vuelve, atisbadora o inquieta, queriendo observarle mejor.) Pepe...

PEPE REY.- Señora...

DOÑA PERFECTA.- (Fingiendo cariño.) Vale más que te acuestes a dormir No te calientes ahora la cabeza.

PEPE REY.- No, si me acostaré pronto.

DOÑA PERFECTA.- Vaya, que descanses, hijo. (Vase despacio, volviéndose para observarle. Ya cerca de la puerta, retrocede.) Oye.

PEPE REY.- (Disimulando su impaciencia.) ¿Qué?

DOÑA PERFECTA.- (Clava en él sus ojos, como si quisiera adivinarle los pensamientos.) No vayas a olvidarte, y dejar aquí la luz...

PEPE REY.- Descuide usted. Buenas noches. (Sale LIBRADA con un farol.)

DOÑA PERFECTA.- ¿Has registrado bien abajo?

LIBRADA.- Sí señora.

DOÑA PERFECTA.- Pues ahora, lo de arriba. (LIBRADA va delante. En la puerta, DOÑA PERFECTA se detiene, y vuelve a mirar a su sobrino, que continúa fingiendo que lee.)

PEPE REY.- (Sin mirarla.) ¡Aún está ahí!).

DOÑA PERFECTA.- (Desde la puerta, con voz blanda y calmosa.) Nada, nada... Cuidado con la luz, Pepe. No me quemes la casa.

PEPE REY.- No la quemare, señora. (DOÑA PERFECTA desaparece sin ruido, como una sombra.)

Escena XII

PEPE REY, después LIBRADA.

PEPE REY.- (Mirando a la puerta.) Me causa terror. (Pausa.) ¿Me acechará todavía? (De puntillas va a la puerta y mira.) No; subió... Ahora entra en el cuarto de Rosario. Allí estará un ratito antes de irse al suyo. Y a todas estas, no he podido aún leer la carta. (Vuelve a la mesa, y sacando la cartita del pliego, la abre y lee:) «No salgas... bajaremos...». (Asustado, guarda la carta.) Siento pasos...

LIBRADA.- (Que sale con el farol.) Señorito...

PEPE REY.- Librada, tú eres mi salvación.

LIBRADA.- Chist... bajito. (Secreteando.) Me ha mandado que registre otra vez, y que vea si se ha encerrado usted.

PEPE REY.- ¿Aún está con su hija?

LIBRADA.- Sí; pero en seguida se ya a su alcoba... Llévese la luz.

PEPE REY.- ¡Ah! es verdad. (Coge la luz y la mete en su cuarto, saliendo en seguida.)

LIBRADA.- Así... Ahora, haga como que cierra. (PEPE REY echa la llave, dejando abierta la puerta.) Bueno. (Se retira.)

PEPE REY.- Oye. ¿La señora tiene el sueño ligero?

LIBRADA.- No señor, muy pesado.

PEPE REY.- (Asombrado.) ¿Duerme?

LIBRADA.- Como un tronco.

Escena XIII

PEPE REY.

PEPE REY.- ¡Dios mío! esa mujer terrible... ¿duerme? Con esa conciencia, ¿es posible en humana vida la paz, el descanso del sueño? No, no creo que duerma. Fatigada, se enroscará como una serpiente, y el oído atento, abiertos los ojos, velará, velará siempre. (Poniendo atención, junto a la puerta. Vuelve hacia la izquierda.) Si Rosario baja, huiré

con ella. Me la llevo, sí, la saco de esta horrenda cárcel. (Descorazonado.) ¿Pero cómo? (Mira por la ventana.) ¡Qué oscura la noche... los muros de la huerta, qué altos!... Imposible salir de esta morada feudal sin violencia y escándalo. (Con decisión.) Pero si es preciso... (Variando súbitamente de idea.) No, nada de violencia. La astucia, la malicia solapada es lo que se debe emplear contra ti, mujer insidiosa y resbaladiza. ¡Contra ti, tu sistema!... ¡Vencerte con tus armas, matarte con tu propio veneno!... (Siente pasos, y con gran ansiedad se aproxima a la puerta.)

Escena XIV

PEPE REY; ROSARITO, envuelta en un chal de color claro, calzada con chinelas que no hacen ningún ruido. La escena débilmente iluminada por la lámpara que PEPE REY ha llevado a su cuarto. La puerta de este abierta.

ROSARITO.- Pepe... ¿estás aquí? (Avanza palpando.)

PEPE REY.- Vida mía, ven, dame la mano. (Le da la mano para evitar que tropiece en los muebles, y la lleva al centro de la escena.) Por aquí.

ROSARITO.- Si veo, tonto. La luz de tu cuarto nos alumbra.

PEPE REY.- (La lleva al sillón.) Siéntate.

ROSARITO.- (Suspirando.) ¡Ay!... ¡qué viaje, qué ansiedad! Creí que no llegaba. (Tiritando.)

PEPE REY.- (Besándole las manos.) Alma mía, estás helada. ¿Por qué tiembles? (Se sienta a su lado.)

ROSARITO.- No tiemblo, no... El deseo de verte... la alegría de verte... El miedo de que mamá no esté dormida.

PEPE REY.- (Tocándole la frente.) Tu frente abrasa.

ROSARITO.- De pensar, de sufrir, de temer... Pero no estoy enferma. Con verte sólo, ya me siento bien.

PEPE REY.- Has padecido horriblemente.

ROSARITO.- Sí. (Vencida de la emoción, rompe en sollozos. Saca del seno un crucifijo, y lo besa con ardor.) ¡Jesús mío, Redentor mío, ampáranos!

PEPE REY.- (Tocando la imagen.) ¿Tu crucifijo?

ROSARITO.- El que tengo a la cabecera de mi cama. Le traje para que me saque en bien de este paso terrible. Pepe, (se lo da.) bésalo.

PEPE REY.- Sí, vida mía: una y mil veces. (Pausa. PEPE REY besa el crucifijo.)

ROSARITO.- Más, más.

PEPE REY.- (Después de besar nuevamente.)Ya te entiendo: dudas de mi fe.

ROSARITO.- No dudo, no quiero dudar. Que duden todos. Yo creo en ti. Dámelo ahora. (Recibe de manos de él el crucifijo, y lo guarda en su seno.)

PEPE REY.- Dime la verdad: tu madre te dirá horrores de mí.

ROSARITO.- No lo creas. Sabe que te quiero, y que me mataría diciéndome que eres malo. Me dice que espere, que tú decidirás, que te vas, que vuelves... Háblame con franqueza: ¿has formado mala idea de mi madre?

PEPE REY.- (Después de vacilar en la respuesta.) No.

ROSARITO.- ¿Crees que me quiere mucho, que a ti, a ti te quiere también?

PEPE REY.- Nos quiere... no digo que no... a su manera... Pero si me tienes amor, Rosario de mi vida, y no desmayas en tu resolución de ser mía para siempre, es preciso que no hagas caso de nadie más que de mí, y estés dispuesta a obedecerme ciegamente cuando yo te diga: levántate y sígueme.

ROSARITO.- (Valerosa.) ¡Sí, Sí!

PEPE REY.- Rosario, disponte a salir de aquí.

ROSARITO.- ¿Cuándo?

PEPE REY.- Mañana... Mañana por la noche. Yo lo prepararé sin ninguna violencia. No hay otro medio. Tu madre es inflexible... No cederá nunca.

ROSARITO.- (Herida por el recuerdo, se desploma súbitamente, perdiendo el valor.) ¡Mi madre! Sólo con nombrarla, el valor se me disipa... me siento cobarde... tiemblo de pavor... ¡Mi madre! Su mirada me paraliza. El respeto me anonada. La quiero... es mi madre. Me dio la vida... me da la muerte.

PEPE REY.- (Con solemnidad.) Rosario, en las ocasiones graves de

la vida, los sentimientos elementales, sagrados, sufren, pueden sufrir dolorosa prueba. Guarda en tu alma el respeto, guarda el cariño a tu madre... Pero convéncete de que ya no es ella, sino yo, yo, quien gobierna y dirige tus acciones, yo, tu esposo.

ROSARITO.- Sí, Sí. (Con inspiración súbita, se arrodilla. PEPE REY permanece en pie tras ella, inclinada la cabeza.) ¡Señor que adoro, Señor Dios del mundo y tutelar de mi casa y familia, Jesús bendito, que moriste en la Cruz por redimirnos del pecado: ante Ti, ante tu cuerpo herido, ante tu frente coronada de espinas, digo que este es mi esposo, y que después de Ti, es el que más ama mi corazón.

PEPE REY.- (Con gran emoción.) Mía serás.

ROSARITO.- Dame la mano. (PEPE REY le estrecha la mano.)

PEPE REY.- ¡Mía! Ni tu madre, ni nadie lo impedirá. ¡Júrame que no desistirás!

ROSARITO.- ¡Te lo juro! (Con grave acento.) Que unidos en muerte como en vida, reposemos bajo una misma losa, cuando Dios quiera llevarnos de este mundo.

PEPE REY.- (Abrazándola.) ¡Oh, mi bien!

ROSARITO.- (Estremeciéndose.) ¡Oh!... ¡Escucha!

PEPE REY.- ¿Qué?

ROSARITO.- Pareciome sentir...

PEPE REY.- ¡No!... ¡Es tu miedo!...

ROSARITO.- (Aterrada.) ¡Ah!... ¡Siento pasos!...

PEPE REY.- ¡Alguien baja!

Escena XV

Dichos; LIBRADA, después DOÑA PERFECTA.

LIBRADA.- (Espavorida.) ¡La señora!

ROSARITO.- (Poseída de pánico.) ¡Mi madre!... Huyamos.

PEPE REY.- ¡Que venga! ¡Mejor! (Aparece DOÑA PERFECTA en la escalera, con una luz en la mano, y allí se detiene asombrada y ceñuda. ROSARIO, al verla, da un grito de terror. A punto de caer desvanecida, LIBRADA acude a sostenerla. PEPE REY calla. DOÑA PERFECTA, después de una pausa, baja lentamente, toda severidad y altanería.)

DOÑA PERFECTA.- (A LIBRADA.) ¡Súbela, súbela al momento! (LIBRADA lleva a ROSARIO, que del terror apenas puede moverse.)

Escena XVI

PEPE REY; DOÑA PERFECTA.

DOÑA PERFECTA.- (Con gravedad.) ¡Gracias, sobrino mío, gracias! ¿Merezco yo esa conducta? Rosario no se habría atrevido a bajar aquí, mientras yo dormía, si tú no la hubieras instigado a la liviandad, a la desobediencia.

PEPE REY.- ¡Es verdad! La culpa es mía.

DOÑA PERFECTA.- ¡Y lo confiesas!

PEPE REY.- Sí, señora. Soy todo sinceridad, lo contrario de otras personas; y puesto que a la lucha se me incita, lucharé; pero a cara descubierta. Sí señora; necesitaba ver y hablar a su hija de usted; era indispensable absolutamente que hablásemos los dos... y hemos hablado.

DOÑA PERFECTA.- ¡Calla!... ¡Qué atrevimiento! Paso que no ames a la hermana de tu padre, que correspondas a mi cariño con esta traición ¿Pero no merezco siquiera respeto?

PEPE REY.- Señora, perdóneme usted... pero aun el respeto he de negarle. Nunca lo creí. Estos sentimientos amargan horribilmente mi vida.

DOÑA PERFECTA.- ¡Me aborreces... di la verdad!

PEPE REY.- Sí señora... ¡Qué desgracia! Perseguido y atormentado por un poder tenebroso, he aprendido lo que nunca supe, he aprendido el rencor, véalo usted en mí. (Con bravura.) Míreme usted a la cara, de frente. Arroje usted sobre mí su mirada siniestra, como yo le arrojé la mía, leal... Estoy frente a mi enemigo, y antes que dejarme matar, quiero arrancarle la máscara con que encubre su rostro.

DOÑA PERFECTA.- ¡Loco! ¡Qué desvarío es ese! (Asustada, procura dominarse y sostener su altanería.)

PEPE REY.- (Con gran calor y energía creciente.) Yo vine aquí con el candor de un niño y la lealtad de un caballero. Mi padre, de acuerdo con usted, me mandó para que viese a Rosario y la hiciera mi esposa. Desde que la vi, la amé. Usted aparentó aceptarme por hijo; usted, recibíendome con engañosa cordialidad, empleó desde el primer día todos los ardides de su fina astucia para estorbar el cumplimiento de las promesas hechas a mi padre; usted trató de extraviar los sentimientos de su hija presentándome como un hombre abominable, sin fe, enemigo de Dios; y con los labios llenos de sonrisas y de palabras cariñosas, me ha estado matando, me ha estado achicharrando a fuego lento. Usted ha lanzado contra mí, en la obscuridad y a mansalva, una nube de litigantes; usted, por influencias que desconozco, me ha destituido del cargo oficial que traje a Orbajosa;

usted me ha privado del consuelo de recibir las cartas de mi padre; usted me ha desprestigiado en el pueblo; usted me ha expulsado de la Catedral; usted me ha tenido días y días en dolorosa ausencia de la elegida de mi corazón; usted ha querido dominar a su hija con un encierro inquisitorial, que pondría en peligro su existencia si no estuviera yo aquí, yo, decidido a salvarla, cueste lo que cueste y caiga el que caiga.

DOÑA PERFECTA.- ¡Dios mío, Santa Virgen del Socorro!... ¡Ay!... (Anonadada, cae en un sillón y se cubre el rostro con las manos.) ¿Es posible que yo merezca tan atroces injurias...? (Pausa.) Pepe, hijo mío, ¿eres tú el que habla? Si aciertas en tu juicio, en verdad que soy una gran pecadora.

PEPE REY.- No habría para mí mayor dicha hoy que convencerme de que estoy equivocado. Demuéstreme usted que es ofuscación, engaño...

DOÑA PERFECTA.- ¡Con que yo soy una intrigante, una mujer hipócrita y malvada, que...!

PEPE REY.- (Con viveza.) ¡Que no lo sea, Dios mío; que por alguna parte venga la demostración de que no lo es!

DOÑA PERFECTA.- (Con ira.) ¡Desdichado! ¿Y quién eres tú para juzgar mis hechos, para desvirtuarlos con una interpretación de mala fe?

PEPE REY.- (Estupefacto.) Según eso, usted no los niega.

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué sabes tú lo que son actos buenos y malos, ni qué criterio tienes tú, necio, para fallar sobre ellos?

PEPE REY.- (Impaciente.) Dígame pronto si los niega o no los niega.

DOÑA PERFECTA.- (Con arrogancia.) Esperabas que yo te contestase con una denegación cobarde y pueril, y que por desenojarte y tener contento al señorito, yo sería capaz de sacrificar, de pisotear mi conciencia

(Con fuerte voz.) ¡No! Mi conciencia, en la que no permito penetrar a un descreído como tú, es bastante fuerte y pura para que ante ella, con ella, pueda yo hacerte la declaración que vas a oír. (Se levanta con majestuoso orgullo.) Esos actos que desfigura tu ligereza... yo no los niego.

PEPE REY.- (Estupefacto.) ¡Los reconoce!

DOÑA PERFECTA.- (Con gran energía.) Sí.

PEPE REY.- ¿Como suyos?

DOÑA PERFECTA.- Como míos. (Despreciativa.) ¿Con qué derecho los pobrecitos matemáticos se permiten juzgar estas o las otras acciones humanas, si no ven, si no pueden ver el fin de ellas, porque su ceguera moral se lo impide? (Creciéndose al ver que PEPE REY, poseído de asombro, no le contesta.) ¿Qué dices, qué contestas?

PEPE REY.- ¡Nada, señora! ¡Estoy aterrado; no puedo hablar!

DOÑA PERFECTA.- ¿Y cuándo ha sido vituperable, señor mío, que para conseguir un fin justo y bueno se empleen medios que produzcan males insignificantes, pasajeros? ¡Ni qué valen estos, si con ellos se impiden males hondos, irreparables... ¿Pero no lo entiendes?

PEPE REY.- (Perplejo.) No señora... no lo entiendo. (Bruscamente.) ¿Por qué no me negó usted con lealtad la mano de su hija?

DOÑA PERFECTA.- (Vivamente.) Porque no podía hacerlo, (Transición del tono severo a otro en que pone notas de ternura y piedad.) ¡ay de mí! no podía. Habría sido preciso decir a tu padre el motivo de mi denegación. Pepe, si nunca me ha faltado valor para resistir las mayores adversidades, no lo tengo ¡ah! no lo tengo para decirle a mi hermano, a tu padre: «no puedo dar mi hija a un hombre de ideas negativas en materias religiosas». Sí; esta es la causa, la terrible causa, y cree que se me desgarró el corazón al tener que manifestarla. (Con aflicción.) ¿Y cómo decirle esto a tu padre?... ¡Imposible, imposible!... A sus años, agobiado de achaques, habría sido asestarle un golpe mortal... No, no; todo antes que eso.

PEPE REY.- ¡Y si es verdad que existe ese abismo entre sus ideas y las mías; si es verdad que...!

DOÑA PERFECTA.- (Interrumpiéndole.) ¿Cómo si es verdad? Abismo tan hondo, que no veo que se pueda llenar con nada de este mundo. ¡No, Pepe; entre tus ideas y las mías, entre mis creencias y tu manera de ver la vida, la muerte, el mundo, el más allá, hay, no digo distancia, sino la inmensidad infinita! La discordia, la repulsión, la antipatía entre tú y yo son irreductibles. Conciliar el cielo con el infierno, ¡quién lo pudo soñar!

PEPE REY.- Pues si es así, ¿por qué no me dijo usted a mí, no a mi padre, a mí: «apártate; no te quiero por hijo, no te quiero: vete»?

DOÑA PERFECTA.- Porque rechazarte de frente, en tonos de maldición irreparable, me parecía, además de cruel, peligroso. (Con zalamería creciente, llegándose a él, y tocándolo suavemente en los hombros, con afecto, casi con cariño.) Te hubiera irritado, te hubiera impelido a la violencia, a la desesperación, quizás a cometer actos criminales... Preferí el sistema de apartarte suavemente, gradualmente, por medio de acciones aisladas, procurando que tú mismo comprendieras la conveniencia de alejarte... y que te alejaras, te desviaras, casi sin sentirlo tú mismo. Y te lo arreglaba de modo que la iniciativa de ruptura partiera de ti. Ya ves, te dejaba esta salida airosa: que fueras tú quien quisiera irse, no que salieras arrojado por mí... ¡Y me vituperas, sin ver que mis acciones

entrañaban el bien de mi hija, y el tuyo, el tuyo también, porque yo te amaba como hijo de mi hermano!

PEPE REY.- ¡Qué sarcasmo!

DOÑA PERFECTA.- Te amaba, sí... Yo he procedido contigo en la forma que me parecía más eficaz... y más caritativa.

PEPE REY.- ¡La caridad! ¡Se atreve a invocar la santa caridad!

DOÑA PERFECTA.- Sí... porque dejándote casar con Rosario, habrías sido muy desgraciado... y ella más, y yo, y tu padre, y todos. Ciego, ¿no lo comprendes...?

PEPE REY.- (Descorazonado y con profunda aflicción.) No señora, no lo comprendo, por mi desgracia. Aquí estoy (Echándose mano al cráneo.) luchando con mi mente, para convencerla, para convencerme de que no es usted un monstruo... (Cerrando los ojos horrorizado.) No quiero, no quiero que usted lo sea. (*) Q

DOÑA PERFECTA.- Es que no entiendes el alma humana, pobre filósofo de la Naturaleza y de los números. Con tus sabidurías de la materia no acertarás nunca a discernir el mal del bien. No ves más que lo que tienes delante; ves los efectos, no las causas, sientes los medios que duelen, no la santidad de los fines que salvan.

PEPE REY.- (Sin poder contener su ira.) Señora, no sé si admirarla a usted por la sutileza de su ingenio, o si... no sé lo que digo... (Reprimiéndose con gran esfuerzo.) No, no, perdóneme usted. Usted me irrita, usted me escarnece después de matarme... ¡Horrible, horrible! (*)

DOÑA PERFECTA.- Me juzgas inicuaamente. No me importa. (Con falsa mansedumbre.) Sé padecer. Oféndeme, injúriame más.

PEPE REY.- (Con vivo dolor.) Sí, veo que es usted mala y no quiero que lo sea, no quiero, no quiero... porque es usted madre de la mujer que adoro, y por la ley lo será usted mía también.

DOÑA PERFECTA.- (Con mucha arrogancia.) ¡Nunca! Se acabaron las blanduras contigo. Tu ingratitud me pide rigor. Ya no más caridad, ya no más cariño. Pepe, lo que tú crees que debí decirte el primer día, te lo digo ahora. Mi hija no será nunca tu mujer.

PEPE REY.- Así, así se habla, señora mía, así se lucha, cara a cara. Contesto en la misma forma de leal reto: su hija de usted será mi esposa.

DOÑA PERFECTA.- ¡Necio! ¡Tu esposa, no queriendo yo!

PEPE REY.- Ella quiere.

DOÑA PERFECTA.- No es verdad. (Amenazadora.) Y aunque quisiera, cegada por tus amañes, ¿no hay en el mundo padres, no hay sociedad, no hay conciencia, no hay Dios?

PEPE REY.- Porque hay todo eso, digo y juro que me casaré con ella.

DOÑA PERFECTA.- ¡Menguado! Piensas atropellarme. Yo sabré defenderme de tus violencias.

PEPE REY.- Si la ley no me ampara, la violencia, la fuerza será mi salvación.

DOÑA PERFECTA.- (Burlándose.) ¡Fuerza... tú... aquí! En esta noble ciudad, mi persona, mi nombre, son sagrados.

PEPE REY.- En esta ciudad sediciosa, oscura y salvaje, hay leyes, las leyes de todo el país; y si no las hay, debe haberlas, y las habrá.

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué sabes tú de leyes? Tenemos aquí las eternas, y en ellas descanso. No podrás, no podrás nada contra mí. Estoy en mi santo terreno, en mi ciudad protectora. (Óyense clarines de caballería muy lejanos. DOÑA PERFECTA, súbitamente poseída de terror, presta atención.) ¡Oh! ¿Qué es eso?

PEPE REY.- (Con júbilo.) Es la ley, señora; la ley que viene en mi ayuda.

DOÑA PERFECTA.- (Rabiosa.) ¡La brutal soldadesca!

PEPE REY.- (Con exaltación.) Es la patria armada, nuestra madre, a quien adoramos, defectuosa, imperfecta, como quiera que sea. Por ella vivimos, por ella morimos. Oígala usted; ya se acerca. Viene a sofocar la rebelión infame. (Suenan los clarines más cerca.)

DOÑA PERFECTA.- Esos locos no cuentan con nuestra valiente raza.

PEPE REY.- Valor contra valor, vencerá la razón, vencerá la justicia.

DOÑA PERFECTA.- ¡Oh, qué ignominia! (Furiosa.) Vete, vete pronto de mi casa.

PEPE REY.- Ya mi vida, mi derecho, mi amor, no están desamparados. ¡Lucharemos! Tras de mí, tras de nosotros, hay una contienda espantosa, principios contra principios. Es nuestra misma guerra en proporciones colosales. En medio de esa lucha, pisando charcos de sangre, nos batimos usted y yo.

DOÑA PERFECTA.- ¡Indigno, me amenazas con la fuerza!

PEPE REY.- Con la fuerza, no; con la ley.

DOÑA PERFECTA.- La verdadera ley está aquí.

PEPE REY.- ¡Aquí! ¡Tierra de bandidos, raza de hipócritas!

DOÑA PERFECTA.- Eres sanguinario, brutal.

PEPE REY.- Tan brutal el uno como el otro. Sólo que yo tengo razón, y usted no la tiene. Veremos quién cae. (Suenan los clarines muy cerca de la casa.)

DOÑA PERFECTA.- (Desesperada.) ¡Ah! ¡Malditos, malditos seáis, demonios de la guerra!

PEPE REY.- ¡Benditos, mil veces benditos! Venid, venid. (Abre la ventana. Suenan los clarines con estruendo, y siguen sonando mientras cae el telón.)

ACTO TERCERO

Sala en casa de don Inocencio. La estancia y los muebles revelan un bienestar modesto y sin pretensiones, aseo y buen gobierno de casa. Estampas religiosas, y algún estante con libros.

Puertas al foro y laterales. La de la izquierda conduce al cuarto del alojado, teniente coronel Vargas. La de la derecha al interior de la casa; por la del foro entran los que vienen de la calle. Mesa y sillas.

Es de día.

Escena I

VARGAS, de uniforme, sentado a la mesa, acabando de almorzar; MARÍA REMEDIOS, que le sirve; después un CABO CARTERO.

VARGAS.- Confiéselo usted, señora doña Remedios, mi simpática patrona. Usted nos aborrece. (Después de esperar la respuesta.) Digo que usted nos aborrece.

MARÍA REMEDIOS.- Coma y calle.

VARGAS.- Como sin callar, porque el almuerzo está muy bueno, y la conversación alegre la vida del triste militar alojado, ausente de los suyos... Estaba diciendo a usted que nosotros hemos venido a traer la paz...

MARÍA REMEDIOS.- (Suspirando.) ¡Ay, mundo amargo, mundo falaz!

VARGAS.- Señora, no hace usted más que suspirar, y decirnos que si el mundo es amargo, que si es dulce... Yo digo que es riquísimo este Jerez con que me ha obsequiado don Inocencio. (Se sirve y bebe.)

MARÍA REMEDIOS.- A lo que han venido ustedes es a traernos las malas costumbres, y a favorecer a todos los pillos que tenemos por acá.

VARGAS.- ¡Señora!

MARÍA REMEDIOS.- Y usted el primero, señor de Vargas.

VARGAS.- ¡Que yo favorezco...! (Comprendiendo.) ¡Ah! ya salió el estribillo, la manía de usted...

MARÍA REMEDIOS.- A personas indignas.

VARGAS.- ¡Dale...!

CABO.- (Por el foro.) Mi teniente coronel, el correo. (Entrega varias cartas y se retira.)

MARÍA REMEDIOS.- A punto viene la prueba. (Atisbando, sin acercarse, las cartas que recibe VARGAS.)

VARGAS.- Con permiso. (Abre uno de los sobres, y saca una carta de varios pliegos, por la cual pasa la vista rápidamente.)

MARÍA REMEDIOS.- ¿Tengo o no tengo razón? Es usted su amigo.

VARGAS.- Y a mucha honra.

MARÍA REMEDIOS.- Recibe usted cartas para él.

VARGAS.- Esta. (Mostrando la cerrada.) Y esta otra (Mostrando la abierta.) me la escribe su padre don Juan Rey, encargándome que vele por Pepe, y dando instrucciones para que salga del mal paso en que se ha metido. ¡Pobre Pepe, qué villanías han hecho con él en este poblacho!

MARÍA REMEDIOS.- ¿Usted qué sabe?

VARGAS.- Sé que tiene razón, y que su tía no la tiene. (Acaba de comer, y enciende un cigarro.)

MARÍA REMEDIOS.- ¡Ah! señor de Vargas, déjeme explicarle...

VARGAS.- No se canse usted. Ya, ya sé yo que doña Perfecta y su partido se defienden bien. No creyendo segura a la niña en su propia casa, la han traído aquí.

MARÍA REMEDIOS.- (Fingiendo asombro.) ¡Aquí!

VARGAS.- Y la tienen muy escondidita en los altos de la casa... No lo niegue... Ni debe usted recelar de mí, que respeto, que respetaré siempre los fueros de la hospitalidad.

MARÍA REMEDIOS.- (Sintiendo pasos por el foro.) Ya tiene usted ahí a su amigo Pinzón, el capitancito que se aloja en casa de la señora. (Volviendo a mirar.) ¡Ay! viene con él ese grandísimo peine, Tafetán...

Escena II

Dichos; PINZÓN, TAFETÁN.

PINZÓN.- Buenos días... (Saludando a REMEDIOS.) Señora...

DON JUAN TAFETÁN.- Amigo Vargas... (Se estrechan la mano.) Señora, tanto gusto en verla.

MARÍA REMEDIOS.- (Displícite.) El disgusto es mío.

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Ji, ji!... Sabe cuánto les quiero a todos, a usted, a don Inocencio, y a ese ángel coronado que tiene usted por hijo.

MARÍA REMEDIOS.- ¡Adulón! (Recogiendo el servicio.)

VARGAS.- (A PINZÓN.) ¿Y qué? ¿se echan al campo?

PINZÓN.- ¡Qué se han de echar estos gallinas! Están muertos de miedo. El tal Caballuco, el Viriato de la localidad, anda escondido, y no se atreve a salir a la calle.

DON JUAN TAFETÁN.- No se fíen, ¡ji, ji!... Yo conozco a mi gente. (MARÍA REMEDIOS se aparta y escucha.)

VARGAS.- Yo también. Por eso no me fío.

PINZÓN.- (Con vehemencia.) ¡Oh, si salieran! ¡Dios, que salgan! ¡Con qué gusto vería que nos mandaban arrasar este pueblo, y no dejar en él piedra sobre piedra!

MARÍA REMEDIOS.- ¡Oh, mundo execrable, mundo satánico!

DON JUAN TAFETÁN.- (A REMEDIOS.) Si con usted no va nada.

PINZÓN.- Señora, tengo motivos para odiar a la negra Orbajosa. Aquí asesinaron a mi padre, coronel de Arapiles.

MARÍA REMEDIOS.- (Con saña.) ¡Ah, que no hubiera sido antes de casarse con su madre! Así, no hubiera usted nacido.

VARGAS.- ¡Vaya un genio!

DON JUAN TAFETÁN.- Adiós, basilisco...

Escena III

VARGAS, PINZÓN, TAFETÁN.

VARGAS.- (Con interés.) ¿Qué dice Pepe?

PINZÓN.- Chist... las paredes oyen.

DON JUAN TAFETÁN.- (Vigilando en la puerta derecha.) Yo me pongo aquí de escucha. Hablen sin miedo. El basilisco en la cocina. No hay nadie.

PINZÓN.- (Con pena.) Pues hoy se ha decidido a llevar el asunto por el camino legal.

VARGAS.- Me alegro.

PINZÓN.- Yo no. ¡Legalidad a esta gente! Es como aquel que quería abrir las ostras... por la persuasión.

VARGAS.- Eh... déjate de tonterías. También su padre le aconseja la legalidad. Acabo de recibir esta larga carta... (Mostrándosela.)

PINZÓN.- (Pasando la vista rápidamente por el escrito.) Instrucciones precisas para proceder legalmente... Sí, muy bonito. Yo, con permiso de don Juan Rey, con permiso tuyo, creo que es perder el tiempo. Echar jueces y fórmulas legales a esta canalla cerril, es como querer matar leones... con polvos insecticidas.

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Ji, ji!...

VARGAS.- Bueno. Pues dile a Pepe que venga a enterarse de esto. (Deja las cartas sobre la mesa.) ¿Por qué no viene a verme? (Con misterio.) Sin duda no sabe que la niña está aquí.

PINZÓN.- (Riendo.) ¿Pero tú has creído esa paparrucha?

DON JUAN TAFETÁN.- (Sin aproximarse.) Invención del enemigo para desorientarnos.

VARGAS.- ¿Pero qué... no es cierto?

PINZÓN.- ¡Qué ha de ser! Sigue allá. Hoy lo descubrimos. Alojado en casa de doña Perfecta, he podido hacer estudios sobre el terreno. Allí está la niña. Yo no la he visto; pero sé que está. Según mis noticias, loquita de amor, y deseando que la saquen de su encierro. ¡No sabes cuánto siento que esto se arregle por el método lógico y legal... es decir, que sería legal y lógico en otra parte, aquí no! El amigo Tafetán y yo teníamos bien tomadas nuestras medidas para arreglarlo por el método absurdo, que es el único para esta gente.

DON JUAN TAFETÁN.- El absurdo es la razón de mi tierra.

VARGAS.- Cuidado, Pinzón, cuidado con las aventuras. Yo te conozco, y te temo... ¡Y que no serán diabluras las que habréis tramado!

PINZÓN.- (Displicente.) Poca cosa.

VARGAS.- A ver... cuéntamelas.

DON JUAN TAFETÁN.- Hablen sin miedo. La fiera está tendiendo ropa en el terrado.

PINZÓN.- No sé...

VARGAS.- Las tonterías de siempre... Sobornar a la criada...

DON JUAN TAFETÁN.- No he podido con esta. Es más fea que Judas... ¡ji, ji!...

VARGAS.- Y según mis noticias, la casa está bien defendida.

DON JUAN TAFETÁN.- Por dos pedazos de tagarotes, de lo más bárbaro y montaraz que hay por estas tierras.

VARGAS.- Y difícilísima la entrada, sobre todo de noche...

DON JUAN TAFETÁN.- Esa dificultad, ¡ji, ji! quedó zanjada por mí del modo más ingenioso... Querido Pinzón, reléveme de la guardia. (Pasa PINZÓN junto a la puerta, y TAFETÁN al centro.) Amigo Vargas, soy tremendo. Un herrero muy hábil, que me debe favores... y su mujer también me los debe, entre paréntesis... me ha proporcionado una llave de la puertecilla de la huerta de abajo, por el callejón del viento... Aquí la tengo, por si Pepe quisiera...

VARGAS.- ¿Y qué más?

PINZÓN.- También habíamos inventado un gracioso ardid... (Atento a vigilar.)

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Ji, ji!... para alejar a los dos cancerberos en un momento dado.

PINZÓN.- Y para... (Mirando al exterior por el foro.)

DON JUAN TAFETÁN.- No distraerse, amigo. Para hacer llegar una cartita a las blancas manos de...

PINZÓN.- Alguien entra, sube...

DON JUAN TAFETÁN.- Oído.

PINZÓN.- Si es Pepe Rey... Aquí está.

VARGAS.- A punto viene.

Escena IV

Dichos; PEPE REY.

PEPE REY.- (A VARGAS.) Sé que has recibido cartas. ¿Hay alguna de mi padre?

VARGAS.- Para ti... (Se la da.) Y dos pliegos de instrucciones precisas, como de padre y jurisconsulto, para que te ajustes a ellas en esta delicadísima cuestión.

PEPE REY.- Dame, dame pronto... (Lee rápidamente.)

PINZÓN.- (Desconsolado.) ¡Legalidad!... ¡Qué lástima!

DON JUAN TAFETÁN.- Lo mismo digo.

PINZÓN.- Su lealtad le perderá. (Vuelve al foro a hacer la guardia.)

VARGAS.- La ley, siempre por la ley...

PEPE REY.- (Acabando de leer.) ¡Oh, padre, aquí veo tu noble espíritu, tu rectitud sublime! Paz, conciliación, amor...

PINZÓN.- (Mirando por el foro.) ¡Cabo de guardia, doña Perfecta!...

PEPE REY.- ¡Mi tía!...

DON JUAN TAFETÁN.- (Mirando.) Sí...ella es... ya llega...

VARGAS.- ¿Pero como viene a esta casa, no estando aquí su hija?

DON JUAN TAFETÁN.- Cuando esta viene, por algo será.

Escena V

Dichos; DOÑA PERFECTA, JACINTITO, por el foro: MARÍA REMEDIOS, por la derecha. Al ver a los militares, DOÑA PERFECTA los saluda con frialdad ceremoniosa. Se sorprende desagradablemente al ver entre ellos a su sobrino.

MARÍA REMEDIOS.- ¡Oh, no esperaba a la señora...!

DOÑA PERFECTA.- Vámonos adentro.

PEPE REY.- Señora...

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué...?

PEPE REY.- No quiero perder esta feliz ocasión de proponer a usted paces, mirando más a su interés que al mío.

DOÑA PERFECTA.- ¡Paces! ¿Cómo tan pacífico, tú, antes tan guerrero?

PEPE REY.- (Con amargura.) Ah, señora mía, el odio pesa mucho: es carga intolerable para quien acostumbra andar muy ligero por el camino de la vida. Quiero soltar este peso. (Suspirando fuerte.) No puedo ya con él.

DOÑA PERFECTA.- Veo con gusto tan nobles sentimientos. ¿Y qué debo yo hacer para que se efectúen esas paces?

PEPE REY.- Lo primero: perdonarme el mal que he podido causarle. Ya la perdono también de todo corazón.

DOÑA PERFECTA.- ¿Y qué más?

PEPE REY.- Y que me entregue a su hija... por buenas, pues le gano la batalla sin disparar un solo tiro. No hay manera de evitar que Rosario sea mi mujer, y siendo esto así, ¿a qué se obstina usted en una lucha en que ha de llevar la peor parte?

DOÑA PERFECTA.- ¡Ah! ¿Estás seguro de que seré vencida...? ¿bien seguro?

PEPE REY.- Como que no habrá más lucha que la que usted provoque. El juez, entrando con la ley en la mano en la casa materna, retirará de ella a la que ha de ser mi esposa.

DOÑA PERFECTA.- ¿El juez? ¿Cuándo?

PEPE REY.- Quizás mañana... Toda resistencia es inútil; es más conveniente y más airoso para usted conceder a tiempo lo que pido, que verse obligada a humillar su orgullosa cabeza ante la ley.

DOÑA PERFECTA.- No te canses en proponerme una paz imposible. La rechazo, prefiriendo, si necesario fuere, morir abrazada a mi derecho, morir con mis ideas, que podrán ser vencidas, nunca deshonradas.

PEPE REY.- (Con efusión.) Señora, arrojemos en una misma hoguera sus ideas de usted y las mías. Tenemos un sentimiento común en que reconciliarnos y vivir, el amor de su hija.

DOÑA PERFECTA.- Dios me ha hecho inflexible.

PEPE REY.- También a mí. Pero yo no quiero serlo ahora, me violento, me humillo, depongo ante la soberbia de usted mi orgullo, y hasta mi dignidad, ansioso de restablecer la concordia. (Violentándose para parecer humilde.) Acepte usted, señora, esta rendición de mi voluntad, y funde sobre ella su consentimiento en las condiciones que guste. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué más quiere usted de mí?

DOÑA PERFECTA.- De ti no quiero más que una cosa: que te retires, que renuncies a mi hija.

PEPE REY.- Más fácil me sería renunciar a la vida, que en muy poco estimo sin ella.

DOÑA PERFECTA.- Basta ya.

PEPE REY.- (Desenfrenando su ira.) Y ahora me toca a mi ser inflexible, ¿qué digo inflexible? implacable, justiciero... No, no haya paces... De los desastres que la lucha ocasione, suya será la responsabilidad.

DOÑA PERFECTA.- Mía no: tuya.

PEPE REY.- ¿Quién ha provocado?

DOÑA PERFECTA.- Tú... ¿No te acuerdas? Me arrojaste el guante... Lo recogeré.

VARGAS.- (Sorprendido.) ¿Qué es esto?

PINZÓN.- Nos provoca.

PEPE REY.- ¡Oh, indomable fiereza! Ya lo veis, amigos: rechaza la paz, rechaza la ley, que es la santa voz de su hermano, de mi padre.

PINZÓN.- El ciego fanatismo quiere guerra.

VARGAS.- No se aplaca sino con sangre.

PEPE REY.- (Con fuero.) Pues si en la sangre perece el monstruo y se ahoga, que la mía, ¡oh Dios! la mía sea la primera que se derrame... Vámonos de aquí. (Vase seguido de los militares y de TAFETÁN.)

Escena VI

DOÑA PERFECTA, MARÍA REMEDIOS, JACINTITO (.).

DOÑA PERFECTA.- ¡La ley! ¡Buena está la ley, que quiere arrancarme la hija de mis entrañas, la hija que amamanté, a quien nutrí con mi sangre, con mi savia, con mis ideas, arrancármela para entregarla a quien ha de pervertir su alma! No ha de ser. Muerta yo, la tendrías; viva, jamás... (Coge a cada uno de un brazo.) Remedios, Jacinto, necesito de vosotros... Nuestro buen don Inocencio no vendrá.

MARÍA REMEDIOS.- Está en el coro... Luego, dará un paseíto...

JACINTITO.- Si usted quiere, le avisaré...

DOÑA PERFECTA.- (Vivamente.) No, no; si no quiero que venga. Cuento con vosotros, con tu tío no, pues seguramente no consentiría...

MARÍA REMEDIOS.- (Confusa.) ¿Qué?

DOÑA PERFECTA.- Es muy sencillo. Antolín Pasolargo y Esteban Romero, dos hombres que se dicen valientes... y si no lo son lo han sido, quieren reunirse en mi casa. Me han suplicado que influya con Caballuco para que asista a esta reunión.

MARÍA REMEDIOS.- ¡Oh, sí!

DOÑA PERFECTA.- Yo creo que debemos dejarles que se junten y charlen y desfoguen la ira... pero no en tu casa.

JACINTITO.- ¿Pues dónde?

DOÑA PERFECTA.- Aquí. ¿Puede ser?

MARÍA REMEDIOS.- Sí, Sí.

JACINTITO.- Señora, usted manda.

DOÑA PERFECTA.- Aprovechemos la ausencia de tu tío, a quien no ha de gustar que...

MARÍA REMEDIOS.- Pues pronto, pronto...

DOÑA PERFECTA.- ¿Y el militar?

JACINTITO.- No suele venir hasta la noche...

DOÑA PERFECTA.- (Impaciente; el resto de la escena con mucha viveza.) Bien. Jacinto, ya sabes dónde encontrarás a Pasolargo y a Romero. Con ellos está Licurgo.

JACINTITO.- Sí señora; ya sé.

DOÑA PERFECTA.- ¿Y Cristóbal?

MARÍA REMEDIOS.- En casa de las Troyas. Me consta.

DOÑA PERFECTA.- (A JACINTO.) Ve, y dile de mi parte que venga. Dile... fíjate bien... que le mando venir.

JACINTITO.- ¡Volando!

DOÑA PERFECTA.- Que estén aquí a las cuatro... ¡corre!

JACINTITO.- Voy. (Vase por el foro.)

Escena VII

DOÑA PERFECTA; MARÍA REMEDIOS.

MARÍA REMEDIOS.- Vendrán, sí. ¡Quiera Dios que se entiendan!

DOÑA PERFECTA.- Dime: los militares que estaban aquí, tu alojado y el mío, ¿son amigos de Pepe?

MARÍA REMEDIOS.- Sí señora. Y el tal Pinzón me parece que le ayuda en sus diabólicas tramas. Siempre andan juntos.

DOÑA PERFECTA.- ¿Cómo sabes...?

MARÍA REMEDIOS.- ¡Ay, señora; cuando usted va yo estoy de vuelta!

DOÑA PERFECTA.- Tú siempre alerta.

MARÍA REMEDIOS.- Alerta, sí; y no tose el enemigo, ni respira, ni se espanta una mosca sin que yo me entere. Verá usted... Se va a reír... Pues estas noches, después que

doy la cena, me tapujo bien, y haciéndome como una pobre, salgo... pim, pam... me voy a la calle Mayor, y acecho la salida de don José de la posada o del Casino... sale... le voy siguiendo... pim, pam.

DOÑA PERFECTA.- ¿Y a dónde le has visto ir?

MARÍA REMEDIOS.- Ronda esta calle y las inmediaciones.

DOÑA PERFECTA.- ¿Y mi casa no?

MARÍA REMEDIOS.- Por allí no le he visto. ¡Y es natural! ¿No ve usted que se tragaron la bola de que habíamos traído aquí a Rosario?

DOÑA PERFECTA.- (Alegre.) ¡Feliz invención para desorientarle!... Así está segura mi casa de un atropello... ¿Y le has visto solo?

MARÍA REMEDIOS.- Anoche, a primera hora, con Pinzón.. Después solo.

DOÑA PERFECTA.- Pero, di: en ese espionaje nocturno, ¿no temes que te conozca, y te...?

MARÍA REMEDIOS.- ¡Paso unos miedos, señora! Créame: ni por mi madre haría yo esto. ¡Oh, mundo pernicioso!... Si me descubre, seguro, me da un trastazo que que no lo cuento. Vea por qué le propuse ayer...

DOÑA PERFECTA.- (Asustada.) ¡Cállate; no repitas esa barbaridad!

MARÍA REMEDIOS.- La señora no me ha comprendido.

DOÑA PERFECTA.- Si, sí... ¡Dar un susto a mi sobrino! (Con firmeza.) Eso no puede ser. No lo consiento.

MARÍA REMEDIOS.- Pero, señora, si ahora no hay aquí justicia, ni nadie que mire por la honradez, ¿qué cosa más natural que...? (Con suavidad y formas humildes.) Bastaría que la señora llamara a Caballuco o a Pasolargo, y les dijera...

DOÑA PERFECTA.- (Horrorizada.) Quita, mujer, calla... ¿Y si se les va la mano, y del susto resultan heridas graves, o...? Calla... ¡Ofender a Dios hasta ese punto! Remedios, o no tienes conciencia o has perdido el juicio.

MARÍA REMEDIOS.- (Con frialdad.) Pues entonces, no me queda que hacer más que consolarla a usted... cuando le hayan quitado a su hija.

DOÑA PERFECTA.- (Con profunda aflicción.) ¡Oh, quitarme a mi hija... a mi hija, que es mi encanto, mi alegría, mi ser, todo cuanto hay en la vida, en esta y en la otra, pues quiero tenerla conmigo en la eternidad como la tengo aquí! No, no me la quitarán. Dios

no arrojará sobre mi pobre cabeza esta tribulación; no, no la merezco, aunque sea pecadora. (Con pasión.) Amo tanto a mi hija, que la siento como un ser semejante a mí, inferior a mí, dentro de mí misma, un alma para las dos... (Con fuerte voz.) No quiero, no, que sus sentimientos, que sus ideas, discrepen de las mías; porque si discrepan tanto así, me parece que no es mía, que no soy suya, que me han robado el alma. Diera yo mi vida por ella, siempre que me amase como la amo yo... Si no me ama, ni mi vida ni la suya quiero. (Pausa ligera. Continúa con voz lúgubre.) ¡Que nos entierren juntas!

Escena VII

Dichas; JACINTITO.

JACINTITO.- (Presuroso, por el foro.) Aquí vienen ya.

DOÑA PERFECTA.- ¿Y Cristóbal?

JACINTITO.- También... Pero no quiere subir.

MARÍA REMEDIOS.- Ya sé... Está durillo de pelar. Dicen que ha dado su palabra al Gobernador.

DOÑA PERFECTA.- Anda, ve... y me lo traes vivo o muerto.

MARÍA REMEDIOS.- Vaya si lo traigo.

DOÑA PERFECTA.- (A JACINTO.) Tú, Jacinto, cierras la puerta, y luego te pones de centinela en el mirador. Vigila bien la calle por un lado y por otro, para que avises si viene alguien que nos estorbe.

JACINTITO.- Voy. (Aparecen en la puerta PASOLARGO, ROMERO y LICURGO.) Aquí están ya.

DOÑA PERFECTA.- Mucho cuidado, hijo. (Vase JACINTO.)

Escena VIII

DOÑA PERFECTA, PASOLARGO, ESTEBAN ROMERO, EL TÍO LICURGO; poco después CABALLUCO y MARÍA REMEDIOS.

DOÑA PERFECTA.- Adelante, caballeros.

PASOLARGO.- (Desde la puerta.) A la paz de Dios.

ESTEBAN ROMERO.- (Ídem.) Salud a la señora.

EL TÍO LICURGO.- Aquí está la gente buena. (Avanzan lentamente, cohibidos y recelosos. Visten de paño pardo o pana; calzan borceguíes con espuelas. Su aspecto es rudo, fiero, sin carecer de nobleza y dignidad.)

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué tal, Pasolargo? ¿Hay mucho miedo por el pueblo?

PASOLARGO.- Como miedo, no señora; como temor, alguno hay.

ESTEBAN ROMERO.- Temor que tiene uno de sí mismo, y de que el coraje le salga al rostro.

DOÑA PERFECTA.- Licurgo, ¿hay novedad en casa?

EL TÍO LICURGO.- (Acercándose a ella.) Nada, señora. Allí quedó Juan.

MARÍA REMEDIOS.- (Que trae a CABALLUCO cogido por un brazo, trincados los dedos como tenazas.) Aquí traigo este figurón...

CABALLUCO.- (Sintiendo el dolor del brazo y soltándose con brusquedad.) Suéltame, condenada... ¡ay, me has clavado la garra! (Rascándose.)

MARÍA REMEDIOS.- ¡So bruto, de lo que te quiero!... Ven acá. (Presentándole a DOÑA PERFECTA.) Mira quién te espera.

CABALLUCO.- Mi señora...

DOÑA PERFECTA.- (Con lástima.) ¡Pobre hombre! Pero di, Cristóbal ¿de qué rincón sales?

CABALLUCO.- (Hoscamente.) Cuando el sol pica, mejor se está a la sombra.

DOÑA PERFECTA.- ¿Por qué no se sientan?

PASOLARGO.- Estamos bien...

DOÑA PERFECTA.- (Con autoridad.) Siéntense, digo. (Siéntanse PASOLARGO y ROMERO junto a la mesa. CABALLUCO en el centro de la escena. Entre este y DOÑA PERFECTA, que está a la derecha, alguna distancia. LICURGO permanece en pie detrás del sillón que ocupa DOÑA PERFECTA.)

MARÍA REMEDIOS.- ¿Querrán tomar alguna cosa? (A una seña de DOÑA PERFECTA se va REMEDIOS, y vuelve al poco rato con botellas, copas y azucarillos.)Q

DOÑA PERFECTA.- Dime, Cristóbal, ¿es cierto que ayer te abofetearon unos soldados...?

CABALLUCO.- (Con fiereza, levantándose.) ¡A mí!

DOÑA PERFECTA.- Hombre, yo no lo afirmo; te lo pregunto.

PASOLARGO.- Hay envidias, Cristóbal.

DOÑA PERFECTA.- Yo no lo he creído; pero tampoco extraño que las malas lenguas, que siempre te respetaron, se atrevan ahora contigo.

CABALLUCO.- Señora; salvo el respeto que debo a usted, que es mi madre... más que mi madre... mi reina.

DOÑA PERFECTA.- ¡Jesús!

CABALLUCO.- Salvo el respeto digo... (Premioso.) digo que el que ha dicho eso, miente como un... Es que han dado en hablar de mí, en traerme y llevarme... Saben mi genio... Tiene una historia, pues... Nada, que quieren tomarme por monigote para revolver el país... Bien está Pedro en su casa, señora y caballeros. ¡Que ha venido la tropa!... malo es; pero ¡qué remedio! ¡Que han quitado al alcalde y al secretario y al juez, y viene mañana otro juez...! Malo, malo. Por mí, que se los trague la tierra. Pero di mi palabra, y la palabra de un hombre... (Rascándose.) la palabra dada... es el honor en prenda... y esto no se desempeña con dinero, sino con la... Ea, que soy bruto, no sé expresarme; pero a caballero no me gana ni el que inventó la caballería.

DOÑA PERFECTA.- ¡Caballería! ¡Ah! la de Orbajosa, no está ya más que en los libros de mi hermano. En las almas, ya no existe. ¿A dónde han ido a parar el orgullo, la altivez, la vergüenza, que fueron patrimonio de esta tierra?

PASOLARGO.- (Levantándose como movido de un resorte.) ¡Viva la señora! Lo que ha dicho es oro molido... No se dirá por mí que no hay vergüenza, pues no estoy con los Aceros, porque... tengo tres hijos pequeñitos... ¡Ea, no importa! La vergüenza es antes que los hijos, porque ¿de qué valen estos si no tenemos un pedazo de honor que dejarles? ¡Fuera melindres! Allá va Pasolargo... Pero tú por delante, Cristóbal. Valiente llama valiente... No canso más.

MARÍA REMEDIOS.- (Que está en el foro, vigilando la puerta.) Eso es un hombre...

DOÑA PERFECTA.- (Mandándole sentarse y tener calma.) No nos asustes, Pasolargo. Y tú, ¿has dado también tu palabra al Gobernador?

PASOLARGO.- ¿Palabras yo? No señora.

ESTEBAN ROMERO.- (Vivamente.) ¡El Gobernador! No hay en toda la tierra tunante que más merezca un tiro. Gobernante y Gobierno, todos son unos. Por esta, (Besándose los dedos.) Yo, (Se levanta.) Esteban Romero, a quien llaman las historias el Terror de Villajuán, digo que no iré nunca con los Aceros: soy yo más. Con Cristóbal sí, con Cristóbal al fin del mundo. Que diga esta media palabra, y hoy como ayer, aquí está Romero. He dicho. (Se sienta.)

DOÑA PERFECTA.- Donde no hay acciones; un buen deseo es muy de alabar... ¿Tampoco tú diste palabra...?

CABALLUCO.- (Que ha oído lo anterior, ceñudo y metido en sí, la vista fija en el suelo.) Yo di mi palabra... porque la di... Yo prometí que ni yo ni mis amigos levantaríamos partidas, porque el tal me llamó y me dijo: «Ramos, ya ves, yo... que tal... El gobierno que tal, y yo... porque ya ves, el país y que tal... vamos, tú puedes, y que tal... conformes... el Gobierno... confianza, y que tal...». Esto me dijo. Por lo cual, a todo el que le retoza la guerra en el cuerpo, le digo: «vete con Acero, si no puedes aguantar más, que yo... de esta agua no beberé...». Y por ahí está mi gente, desparramada en tierras, caseríos y montes circunstantes, haciendo de corazón tripas, comiéndose el coraje, y en espera de que Caballuco les diga...

DOÑA PERFECTA.- (Interrumpiéndole.) Pero tú no les dirás nada, pobrecito, y haces bien. Tú, en tu casita, hecho un patriarca. Tu puchero, tus gallinas, tu caña de pescar... ¡Ay, hijo, para ti es la vida! ¿De qué te sirve a ti la gloria, que no es más que humo, vanidad?

CABALLUCO.- (Nervioso y queriendo contenerse.) No me venga la señora con gramáticas, porque si no salgo es porque no quiero salir; y si quiero que haiga partidas las habrá como espuma, y si no quiero, no... Y lo que vuelvo a decir... (Dándose golpes en el pecho.) ¡Yo soy... yo! A mí con claridades; con gramáticas no.

DOÑA PERFECTA.- ¿Claridades quieres? Pues toma. Creo yo que con tantos humos no sirves para nada.

CABALLUCO.- (Dolorido del acerbo juicio.) Bien sabe la señora quién es Caballuco, guerrillero muy nombrado... cuando Dios quería. Hablen lenguas y canten papeles. Yo respeto a la señora, y la quiero más que a las niñas de mis ojos.

DOÑA PERFECTA.- Gracias.

CABALLUCO.- (Con emoción.) Porque a la señora debo el pan que hoy como, y el que comí cuando niño, y la vida de mi padre viejo... y la caja en que enterraron a mi madre... y todo lo que soy y todo lo que tengo. Y sí la señora me dice: «Cristóbal, rómpete la cabeza», voy a aquel rincón, y contra la pared me la rompo... Bien sabe la señora que sí ahora dice ella que es de noche, yo, aunque vea el sol, creeré que es noche oscura. Bien sabe la señora que ella, y su hacienda y familia, son antes que mi vida. En fin, que la quiero más que cuanto hay en el mundo. A un hombre de tanto corazón, se le dice:

«Caballuco, so bestia, hijo mío, haz esto, o haz lo otro...» pero no se le pincha con un mete y saca de retólicas al revés.

DOÑA PERFECTA.- Vamos, hombre, sosiégate.

PASOLARGO.- Lo que dice la señora...

ESTEBAN ROMERO.- Cristóbal, no te sofoques...

EL TÍO LICURGO.- ¡Vaya un temple de hombre!

MARÍA REMEDIOS.- (Pasa al centro.) Toma agua.

DOÑA PERFECTA.- No, dales vino. (REMEDIOS les sirve, y beben.) Yo no puedo, en asunto tan grave, decir a ustedes que salgan ni que no salgan. A ti, Cristóbal, te concedo que tienes un gran corazón. Consulta a ese juez, y haz lo que te diga.

ESTEBAN ROMERO.- Los de Naharilla baja nos contamos ayer. Somos treinta, propios para cualquier cosa mayor. Pero temíamos que la señora se enfadara. Es tiempo de la trasquila.

DOÑA PERFECTA.- Hay que trasquilar por otro lado.

EL TÍO LICURGO.- Pues mis hijos están con hormiguilla. El demonio que los ataje. Si Caballuco se sacude las pulgas y sale, ellos detrás como unos ángeles muy brutos.

PASOLARGO.- ¡Lástima que los Burguillos, a quienes, por lo valientes, el mesmo Cid podría descalzar el zapato, se hayan ido a labrar las tierras de Lugarnoble.

DOÑA PERFECTA.- Las labraremos en otoño. Decidles que vengan.

EL TÍO LICURGO.- Bien fácil es. Monto en la jaca, y antes de media noche estoy allá.

ESTEBAN ROMERO.- Yo, a quien primero avisaría es a Robustiano Guerra, que rabia de ganas...

DOÑA PERFECTA.- Robustiano no se atreve a venir acá, porque me debe un piquillo... Si le ves tú, puedes decirle que se lo perdono.

CABALLUCO.- (Poniendo el vaso en la mesa con fuerte golpe.) En fin, que se nos manda que salgamos. Las cosas claras...

DOÑA PERFECTA.- Yo no puedo ni debo mandártelo. (Se levanta. Todos en pie.) Sólo os diré una cosa, hijos míos. Creo que nos aguardan días terribles, si no se corta el paso a la invasión. (Con acento solemne.) Presenciamos, ¡ay! escenas vergonzosas y sacrílegas, atropellos, deshonras, muertes, fieros males... Al que defienda la justicia, los

buenos le bendecirán. Si vive, gloriosísima será su vida. Si muere, muerte feliz y redentora será la suya. Su nombre será guardado por las generaciones como santa memoria...

PASOLARGO.- (Frenético.) ¡Viva Orbajosa y muera la nación!

ESTEBAN ROMERO.- ¡Viva!

DOÑA PERFECTA.- (Asustada.) ¡Silencio... por Dios...! Pueden oír de fuera.

MARÍA REMEDIOS.- Callarse. Hablen bajito.

CABALLUCO.- (Pausa. Todos se fijan en él y esperan con ansiedad lo que va a decir.) Señora, amigos: Cristóbal Ramos no consentirá que nadie le eche el pie adelante en la defensa de lo bueno. Oyendo a la señora, paréceme que corre fuego, que no sangre, por estas venas mías; que mi pensamiento es un rayo, y que el golpetazo del corazón se ha de oír al otro lado del mundo... ¿Hay desafueros? ¿Hay tropelías? ¿Nos pisan, nos deshonran, nos saquean? Pues las demasías del contrario desempeñan mi palabra, y soy libre, esclavo no más que del deber y de mi conciencia guerrera. Al campo, al combate. Es mi sino correr y trotar por la querida tierra de Orbajosa. ¡Oh, tierra mía bendita, llena de huesos de valientes! En ti, peleando sin tregua, quiero dejar también los míos.

TODOS.- ¡Morir no!

DOÑA PERFECTA.- Di vivir y triunfar. (Levántase y le pone la mano en el hombro.) Cristóbal, eres grande.

CABALLUCO.- Grandísimo por el corazón, por el desprecio de la vida, por...

MARÍA REMEDIOS.- ¡Viva Orbajosa y muera la nación! (Todos en pie vociferan.)

DOÑA PERFECTA.- Silencio, calma, no alborotar. Retírense, pues ya saben que pueden contar con este. (Por CABALLUCO.) La reunión debe darse por terminada. (A LICURGO.) Ya sabes, vas en busca de los Burguillos.

EL TÍO LICURGO.- Sí señora.

CABALLUCO.- (Dando órdenes como un general en jefe.) Que estén en Mundogrande a la madrugada. Al que me falte... ¡rayo!... (A LICURGO.) Oye... Y llévate a tu hijo contigo.

EL TÍO LICURGO.- ¿Juanico?

CABALLUCO.- Sí: y le mandas a avisar a los de Villajuán.

EL TÍO LICURGO.- Señora, ¿oye?

DOÑA PERFECTA.- Sí, sí, llévatelo: no me hace falta.

ESTEBAN ROMERO.- Y yo voy en busca de Robustiano.

CABALLUCO.- Sí; en Mundogrande todo Dios. Que me esperen allí.

PASOLARGO.- ¿Cuándo irás?

CABALLUCO.- Cuando arregle a mi gente de aquí. Mañana. (Siguen hablando.)

MARÍA REMEDIOS.- (A DOÑA PERFECTA.) Señora, que se llevan también a Juanico.

DOÑA PERFECTA.- Él lo manda.

MARÍA REMEDIOS.- (Alarmada.) La casa sola.

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué importa? Ya no temo nada. Se acabó el miedo.

MARÍA REMEDIOS.- Ay, el mío no.

CABALLUCO.- Yo estaré aquí esta noche. Si algo ocurre... cuenta conmigo. Con que... pocas palabras ya... ¡hala!

EL TÍO LICURGO.- ¡A Lugarnoble!

PASOLARGO.- ¡A Mundogrande!

ESTEBAN ROMERO.- Mañana arde Troya.

PASOLARGO.- ¡Que nos echen soldados! ¡Que traigan, que traigan!...

CABALLUCO.- Callar, callar. No olvidéis las virtudes del guerrillero, el valor y el silencio.

PASOLARGO.- (A media voz, pero con gran esfuerzo de pulmones.) ¡Viva la señora!

DOÑA PERFECTA.- No, no... (Mandando callar y denegando con el brazo.)

ESTEBAN ROMERO.- ¡Que viva! (No pudiendo gritar, agitan los brazos y se retiran lentamente.)

DOÑA PERFECTA.- No me aclamáis a mí, que nada soy, ni nada valgo.

MARÍA REMEDIOS.- Que vivan ellos, ¿verdad? (Quiere gritar.)

DOÑA PERFECTA.- (Tapándole la boca.) No grites... Nuestra única misión es... rezar por todos.

ACTO CUARTO

Sala en el piso bajo de la casa de doña Perfecta. Al fondo una gran puerta que da a la huerta y jardín.

Puertas laterales, y a la izquierda una reja pequeña, que da a la calle. En el foro derecha, reclinatorio delante de un altarito con la imagen de la Virgen, alumbrada por una lamparita.

Sofá grande hacia la izquierda, de frente al público.

Es de noche. La escena está alumbrada únicamente por la lámpara colocada ante la Virgen.

Escena I

ROSARITO, acostada en el sofá, durmiendo; envuelta en el mismo chal blanco con que sale en el acto segundo; DOÑA PERFECTA, que aparece por la derecha, con una luz en la mano, y un manojito de llaves.

DOÑA PERFECTA.- ¿Duerme o finge dormir? (Con tristeza.) ¡Ah...! ese amor absurdo ha enseñado a mi pobre ángel muchas cosas malas, el disimulo, artes de fingimiento malicioso, que en otras circunstancias no serían graves, ahora sí. (Deja la luz y contempla a su hija más de cerca.) Duerme de veras. El cansancio, el tedio, el insomnio de anoche, pueden más que su inquietud... Duerme, hija mía, descansa... Yo velo por ti. De esa loca inclinación te curará la ausencia, el olvido, sí... Y volverás a ser dichosa, y comprenderás qué madre tienes, y de qué abismo de perdición ha sabido apartarte... (Se aproxima al sofá, inclinándose y mirando a su hija con amor.) Hija querida, ¿dónde está, dónde, aquella conformidad dulcísima entre tus pensamientos y los míos...? (Se arrodilla ante ella.) Vuelve a mí, vuelve, paloma extraviada en los aires, vuelve al nido y al seno de tu madre amorosa, que te adora. (Le toca el rostro suavemente para no despertarla.) Tu vida y tu amor me son tan necesarios como tu obediencia, porque te he criado para mí, para mirarme en ti, y ahora me miro... y no me veo. (La besa en la frente, tocándola apenas con sus labios.) ¡Qué dulce es besarte, y cómo se refresca el alma, abrasada de estos rencores...! Y tus manos qué suaves... (Se las besa.) ¡Cuándo volverán a acariciarme...! ¡Que no fueran siempre manos juguetonas... y tú siempre niña, siempre...! (Creyendo oír ruido en el exterior de la casa, levántase sobresaltada.) ¡Oh... qué es eso! (Corre a la ventana.) Nada... no hay nadie.. No tengo miedo, no. No debo tenerlo. (Infundiéndose

valor.) Pasa pronto, noche de ansiedad... Mañana... estaremos lejos. (Coge la luz, y haciendo pantalla con su mano, para que la claridad no dé en el rostro de su hija, atraviesa la escena.) Duerme, amor mío, y que en tu sueño te visiten los ángeles, y te inspiren la obediencia, la santa obediencia. (Se va lentamente, sin hacer ruido, por la derecha.)

Escena II

ROSARITO, que durante la anterior escena fingía dormir, y espía la salida de su madre. Cuando la siente salir, alza la cabeza y escucha.

ROSARITO.- Se fue... sí... la siento en el comedor... ¡Qué miedo tan horrible cuando se arrodilló aquí, y me besó la frente, las manos...! Creí morirme. ¡Qué ansiedad! (Se va incorporando.) ¡Si se le ocurre entrar la mano aquí, (En el seno.) y quitarme mi libro...! (Tocándose el pecho con mucha inquietud.) No, no... aquí está. (Besa el librito, y después lo abre.) Y la carta... aquí está. Se me ha olvidado la hora. ¿Decía las diez, las once? (Corre al otro lado, y a la luz de la lámpara lee:) «Las doce», dice las doce. Lo demás me lo sé de memoria. (Repitiendo la carta.) «Tu madre no cede... Quiere huir contigo... Antes huiremos nosotros de ella... Ten valor... Espérame...». (Mirando consternada a las puertas y a la ventana.) ¿Pero cómo saldré, Dios mío...? ¡Imposible...! Mi madre no duerme... (Escuchando por la derecha.) Desde aquí la siento echando llaves... llaves... Hasta esta noche, nunca me fijé en el sinnúmero de llaves que tiene esta casa. (Escuchando otra vez.) Y cerrojos, y cadenas... Cárcel es esto, panteón, no sé qué... Sospecho que mi madre ha dispuesto partir de Orbajosa... (Espantada.) ¡Oh! no, yo no... Con ella no... Aquí le espero... Él sabrá cómo entra, y cómo salimos... (Con gran confusión y aturdimiento.) Arde mi cabeza... Me vuelvo loca. (Tocándose el corazón.) ¡Qué opresión aquí! Parece que la vida se me acaba... ¡Valor! Hay que tenerlo a todo trance, aunque después me muera. (Dirígese a la reja de la izquierda.) Por esta reja he de ver si aún rondan la calle Remedios y Cristóbal... (Después de observar un momento.) No veo nada... En la huerta, todo es tinieblas y un silencio de Camposanto. (Vuelve al proscenio.) ¡Oh, Dios mío, no me abandones! (Dirígese al altarito.) Y tú, madre mía, ábreme un camino en esta soledad pavorosa, (Se arrodilla: aparece DOÑA PERFECTA por la derecha, y avanza cautelosamente, sin que su hija la vea.) aliéntame con tu mirada, envuélveme en tu manto... Y vosotros, angelitos que estáis a sus pies, prestadme vuestras alas... (Siente la proximidad de su madre, y dando un grito de terror, se vuelve hacia ella.) ¡Ah!

Escena III

DOÑA PERFECTA; ROSARITO.

DOÑA PERFECTA.- Alma mía, ¿por qué te asustas?

ROSARITO.- No sé... creí...

DOÑA PERFECTA.- Sosiégate. Pronto sacaré yo a mi niña de esta ansiedad. Antes de amanecer, nos vamos a Lugarnoble. Tu tío ha salido para prepararlo todo. No hay tiempo que perder. Esta noche no se duerme.

ROSARITO.- (¡No se duerme!). (Aterrada.) ¿Dices que... a Lugarnoble?

DOÑA PERFECTA.- A nuestras queridas montañas.

ROSARITO.- ¡Allá...! ¡Mamá, por Dios! Camino de la montaña van a estas horas todos los paisanos armados... No me lo niegues...

DOÑA PERFECTA.- (Sorprendida.) ¿Cómo sabes...?

ROSARITO.- Lo sé... sí... ya ves cómo lo sé todo. La espantosa guerra estallará mañana. ¡Desdichado suelo... raza infeliz!

DOÑA PERFECTA.- (Con frialdad.) Si es así, Dios lo ha permitido para confundir la iniquidad.

ROSARITO.- Ellos no querían guerra. ¿Quién les ha instigado a la rebelión?

DOÑA PERFECTA.- ¿Quién? ¡Qué candidez la tuya! Cuando la impiedad y la corrupción extienden su imperio, la guerra arde por sí sola, sin que nadie se tome el trabajo de encenderla. Pero no nos entretengamos. Estaremos dispuestas antes del alba.. Ven... subamos...

ROSARITO.- (Inquieta y turbada.) Aguarda... tengo que decirte...

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué?

ROSARITO.- (Resolviéndose tras penosa lucha interior.) Mamá mía, perdóname... y que me perdone Dios lo que voy a decir, y me dé fuerzas para decirlo... Madre, madre querida, no puedo obedecerte.

DOÑA PERFECTA.- ¡Que no me obedeces!

ROSARITO.- No puedo: una obediencia superior me lo impide...

DOÑA PERFECTA.- ¿Hay algo que obligue más que el respeto filial?

ROSARITO.- Sí, sí; otro respeto, otro amor... (Luchando por buscar la expresión propia.)

DOÑA PERFECTA.- ¡Oh, no me hables así! (Recobrando su entereza.) Estás alucinada, trastornada... Vuelve en ti, amor mío.

ROSARITO.- (Fatigada, con acento de congoja.) No... no estoy alucinada... Es que Dios me ilumina en este trance terrible... Veo claro, como los moribundos. Sé que Dios, siempre misterioso, incomprensible en su justicia, permite que en estas infames discordias, perezcan, antes que los culpables, los inocentes.

DOÑA PERFECTA.- (Vivamente.) Los inocentes no.

ROSARITO.- Los inocentes sí... Él, yo quizás, los dos... Toda causa grande y noble tiene sus mártires... tú me lo has dicho.. La causa de la paz los tendrá también.

DOÑA PERFECTA.- (Inquieta.) ¡Oh, Rosario, vida mía!... Arranca de tu pensamiento esas ideas lúgubres.

ROSARITO.- Quítamelas tú.

DOÑA PERFECTA.- ¿Cómo?

ROSARITO.- ¿Dices que deliro?

DOÑA PERFECTA.- Sí... (La toca.)

ROSARITO.- (Con la mirada extraviada.) Pues en mi delirio he visto...

DOÑA PERFECTA.- ¿Qué?

ROSARITO.- (Con misterio.) He visto a Remedios y a Cristóbal rondando esta calle... a primera hora de la noche.. O preparan una emboscada, o acechan el paso de...

DOÑA PERFECTA.- Silencio... ¡qué desvarío...!

ROSARITO.- Después... no hace mucho... les vi deslizarse junto a la tapia de la huerta... y perderse en la sombra...

DOÑA PERFECTA.- ¿Y qué? Velan por mi seguridad. ¿Pero qué temes tú? ¿Quién puede interesarte más que yo misma y nuestra casa y... (Recelosa, mirándola fijamente.) ¡Rosario!

ROSARITO.- ¡Indigno espionaje! Mamá, por Dios, dime que tú no lo has ordenado, que no lo consientes, que...

DOÑA PERFECTA.- Consiento que mi casa sea vigilada.

ROSARITO.- (Coge a su madre de la mano y quiere llevarla por la derecha.) Pues si esos locos rondan la calle todavía, mándales que se retiren.

DOÑA PERFECTA.- (Soltándose.) ¡Que se retiren! (Mirándola fijamente, con severidad.) ¡Ah, ya comprendo...! Me preparas una traición... lo veo, lo estoy viendo. Tu inexperiencia del mal te ha vendido... (Con ira y viveza.) Confiésamelo... confíesalo pronto, arrepiéntete, y te perdono. Olvidada de tu decoro y el mío, has caído en la infame tentación de huir de mi casa, de huir con él.

ROSARITO.- (Con repentina efusión, arrodillándose.) Sí... ya ves... te lo confieso. No quiero mentir.

DOÑA PERFECTA.- ¡Y él te lo propuso... y él vendrá a buscarte!

ROSARITO.- Sí, sí. Y yo iré con él al fin del mundo.

DOÑA PERFECTA.- ¡Oh, no te llevará, no! ¡Aquí, sola, indefensa, me dejaré hacer trizas antes que consentirlo! (Óyese un fuerte aldabonazo.) Que no abran.

ROSARITO.- (Escuchando.) Han abierto ya...

DOÑA PERFECTA.- ¿Quién puede ser?...

Escena IV

DOÑA PERFECTA, ROSARITO, MARÍA REMEDIOS, PEPE REY.

MARÍA REMEDIOS.- (Dentro, dando golpes en la puerta del fondo.) ¡Señora... soy yo... Remedios! (DOÑA PERFECTA descorre el cerrojo y abre.) Ahí está.

DOÑA PERFECTA.- ¿Quién?...

MARÍA REMEDIOS.- El enemigo... Entró por la puertecilla de abajo.

DOÑA PERFECTA.- ¿Solo?

MARÍA REMEDIOS.- Solo... Fuera... en la calzada un coche... militares...

DOÑA PERFECTA.- ¿Y Cristóbal?

MARÍA REMEDIOS.- Aquí... Entramos juntos... Ha pasado a la huerta. (Las dos en la puerta del foro.)

DOÑA PERFECTA.- No veo nada.

MARÍA REMEDIOS.- (Mirando en la obscuridad.) Yo sí... Él es... hacia aquí viene... (Gritando.) ¡Cristóbal... aquí... junto a los cipreses!... ¡Que matan a la señora!

DOÑA PERFECTA.- ¡Cristóbal, defiéndeme!

MARÍA REMEDIOS.- ¡Mátale! (Suena un tiro. Pausa.)

ROSARITO.- ¡Ah! (Quédase aterrada y sin movimiento.)

MARÍA REMEDIOS.- Uno ha caído.

DOÑA PERFECTA.- ¿Quién?

MARÍA REMEDIOS.- No sé... se levanta...

ROSARITO.- (Exaltada, corriendo a la puerta.) ¡Aquí, aquí!

DOÑA PERFECTA.- (Deteniéndola.) No, no salgas.

PEPE REY.- (Aparece en la puerta, herido, la mano en el pecho.) ¡Rosario!

ROSARITO.- (Acude a él, y le abraza. DOÑA PERFECTA, paralizada por el terror, no se atreve a acercarse al grupo.) ¡Esposo mío!

PEPE REY.- Sígueme... ven... (Vacilante.)

ROSARITO.- Contigo... contigo... sí... vamos...

PEPE REY.- (Con voz de moribundo.) A la... eternidad... (Cae muerto.)

DOÑA PERFECTA.- (Con desesperación.) ¡Misericordia, Señor, misericordia... para ellos... y para mí!

FIN DEL DRAMA